BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del ESPACIO

EL OTRO UNIVERSO

curtis garland

CIENCIA FICCION



BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del ESPACIO

EL OTRO UNIVERSO

curtis garland

CIENCIA FICCION



CURTIS GARLAND

EL OTRO UNIVERSO

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 99

Publicación semanal Aparece **los VIERNES**

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA -BOGOTÁ- BUENOS AIRES -CARACAS- MÉXICO

Depósito legal: B. 20.813 -1972 Impreso en España- Printed in Spain

1a edición: julio, 1972

Impreso en los Talleres. Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Mora la Nueva, 2 -Barcelona- 1972

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

94. - *La bomba total,* Glenn Parrish.

95. -*Rastros en el espacio,* A. Thorkent.

96. -*Yo nací... mañana,* Curtis Garland.

97. -*El décimo sentido,* Marcus Sidéreo.

98. -*Los brujos de Lero,* A. Thorkent.

.

Más allá de nuestra Galaxia. Más allá de Andrómeda. Más allá de Perseo, de Hércules, de Pegaso, de la Nebulosa 2.322, de la Corona Boreal, de Géminis, de León, de los cúmulos remotos, con centenares de Galaxias hacinadas en lo infinito...

Más allá de la constelación de Hidra, a dos mil millones de años-luz... Más allá de todo lo escudriñado, de lo conocido, de lo imaginado, de lo calculado...

¿Existe, en ese punto, el OTRO Universo? Dentro o fuera de nuestro propio Universo conocido, dentro o fuera de las leyes naturales que rigen el equilibrio del Cosmos..., ¿existe ese *otro* Universo del que algún científico, audazmente, ha hablado ya?

Se han registrado galaxias y nebulosas a más de cinco mil millones de años-luz, límite supremo -por ahora-, de la investigación cósmica por medio de la Radioastronomía. Ahora bien, ese no es el límite del Universo, todavía, suponiendo que existan límites. Puede haber un "más allá" ignoto... o prolongarse el propio Universo.

Pero dentro o fuera de él, en sus márgenes o en su ámbito incalculable..., ¿está ese OTRO Universo, donde todo puede ser tan diferente a lo conocido y, sin embargo, tan semejante a la vez?

Por ahora, es sólo una teoría. Científicamente, es posible. Y de ello hay ya una pequeña prueba en nuestro propio planeta. Por insignificante que ella sea... es una prueba.

Si existe una partícula, puede existir un mundo, un sol, un conjunto

de mundos, unos soles, una galaxia, un conjunto de galaxias… En suma: un Universo.

Un Universo que, además, nos estará vedado por la Eternidad. Un Universo al que ni la más delirante Ciencia futura podría llevarnos.

Un Universo que sería nuestra propia destrucción… ¿Lo hay, realmente?

Uno está por creer que… sí.

Y en ese caso…, ¿por qué no puede ocurrir algún día todo lo que sucede en esta obra?

Sí. ¿Por qué no?

PRIMERA PARTE - LOS ASTRONAUTAS

Capítulo Primero - ¿ESPEJISMO?

Fue el primer indicio.

No tuvo sentido, pero lo fue. Ellos iban a tardar en entenderlo así. Sólo mucho más tarde, cuando las cosas tomaron cuerpo y la lógica imperó, recordaron el primer incidente. Y supieron que entonces, justamente entonces, había comenzado todo para ellos.

Supieron que aquel indicio no fue un espejismo. Aunque ellos creyeron que sí.

Todd Loomish fue el primero en experimentarlo. Luego le ocurrió a Albert Monroe. Y, finalmente, a la doctora McCambridge y a Yvonne Román.

Los cuatro vivieron la experiencia. Los cuatro se enfrentaron a... al "espejismo". Y no supieron lo que podía ser. No entonces, claro está. Era demasiado pronto para ello. Y sus mentes, lúcidas y estrictamente científicas, su preparación tecnológica, les impedían a veces dar rienda suelta a la imaginación.

Si algo no puede tener un astronauta, es imaginación. Y si la tiene, debe contenerla lo más posible. Viajar al espacio no es una aventura de *cómic,* aunque pueda parecerlo al profano. Es una fría, minuciosa y agotadora labor psicotécnica, mecánica, física, mental, con una serie de exigencias previas que hacen del hombre una perfecta máquina destinada a explorar el vacío. Pero poca cosa más.

Todd Loomish, Albert Monroe, la doctora Hazel McCambridge y la astronauta Yvonne Román, eran los miembros del Proyecto Nébula. Y, como tales, estaban ya perfectamente preparados para iniciar su misión.

En realidad, estaban preparados para todo lo que pudiera ofrecerles su próximo experimento espacial.

Para todo... menos para lo que luego sucedió.

Y lo cierto es que ni a ellos se les pudo reprochar nada, ni tampoco censurar a la NASA por no haber previsto aquello.

En realidad, nadie podía preverlo. Nadie.

* * *

El incidente tuvo lugar el viernes.

El último viernes que Todd Loomish pasaba en la Tierra, a la espera del gran salto al espacio. Justamente el domingo, sería encerrado en la cápsula con sus tres compañeros, y se iniciaría la cuenta atrás.

Todd Loomish terminó la cena, junto con los demás compañeros astronautas, en el comedor de la Zona de Pruebas de la base. Albert Monroe y su compañera Yvonne, preferían pasear al aire libre durante la media hora de que disponían libre, antes de retirarse a sus respectivos alojamientos. La doctora McCambridge se encaminó a su despacho y consultorio de Psiquiatría Espacial, para recopilar unos apuntes. Loomish eligió su dormitorio. Quería escribir unas cartas antes de descansar.

Aquellos días, pese a la monotonía del internamiento, a la espera de ser encerrados en la cápsula, siempre quedaban cosas por hacer. No sobraba el tiempo, ya que los experimentos, pruebas, ensayos y "tests", así como las clases diarias de Tecnología aplicada, para un mejor y más hábil manejo de todos los mecanismos de a bordo, en aquel insólito viaje al espacio exterior, consumían gran parte del tiempo disponible. Luego, los ejercicios de cultura física, las sesiones de cine o televisión, para relajar los nervios de la tensión, o las reuniones puramente de recreo, para olvidarse de su tarea, charlando de mil pequeñas cosas insignificantes, triviales, completaban la jornada, con las horas del prolongado descanso, las comidas y los paseos por la zona acotada de la base, reservada estrictamente a los astronautas en régimen de internado.

Por eso había que quitar a veces un rato al recreo, para escribir alguna carta, tomar algún apunte personal o, simplemente, leer un libro o una publicación.

Loomish entró en su cabina. Había cuatro cabinas en aquel sector del edificio. Una para cada uno de ellos. En la nave sería diferente.

Viajarían juntos. En cabinas de dos. El, con la doctora McCambridge. Yvonne, con Al Monroe. Era parte del experimento cósmico. Dos parejas. Hombre y mujer. El idilio sería frío y científico. No podía serlo de otro modo, al menos en lo relativo a él. La doctora McCambridge era lo más opuesto a una mujer apasionada, que se pudiera imaginar. Yvonne era diferente. Muy diferente, en realidad. Ya tenía alguna relación afectiva con Monroe. Las cosas así, serían más sencillas. El no había tenido esa suerte. Y no porque la doctora McCambridge careciese de atractivos físicos y de juventud. Pero era fría como un iceberg. Se hizo voluntaria en aquella expedición, por el simple deseo de experimentar en sí misma lo que sería convivir con un hombre en el espacio... y tener descendencia. Procrear, en suma, en las estrellas... Era el fundamental objetivo del gran viaje. Durante más de un año, estarían lejos de la Tierra. Período suficiente para la relación íntima... y para dar a luz en la propia nave. La Ciencia exigía tal experiencia en los astronautas. Y dos mujeres se prestaban a ello con espíritu puramente científico.

Loomish pensaba en todo eso al acomodarse en su asiento de la cabina individual, y prepararse para escribir aquellas cartas en su pequeña máquina portátil. La música ambiental, suave y relajadora, brotaba por las rejillas de los sistemas de transmisión. En caso de novedad, la música se interrumpía, para distribuir instrucciones a los astronautas. Pero no parecía que fuera a suceder esa noche tal cosa. Era un apacible viernes, en vísperas de la gran prueba.

Todd empezó a escribir. Quince minutos más tarde, tenía ya tres cartas a punto. Inició la última, pensativo. Era para Susan, su antigua novia. Una despedida. Ella no había querido compartirle con nadie. Cuando supo en qué consistía la experiencia espacial, rompió con él. Todd trató de persuadirla, de hacerla ver que todo era puramente científico. No hubo posibilidad de convencerla de que convivir con otra mujer durante un año, y tener un hijo con ella, fuese precisamente científico. Y se produjo la ruptura.

Frunció el ceño. Tal vez era mejor así. Una preocupación menos durante aquel largo periplo cósmico, en la nave del Proyecto Nébula, aquella nave de diseño nuevo y secreto, movida por una energía diferente, capaz de alcanzar los astros...

Empezó a escribir la carta a Susan, pausadamente. Tenía frente a sí la pequeña puerta de comunicación con el cuarto de aseo individual. Quizá al azar, o tal vez por simple movimiento reflejo, mientras pensaba un párrafo de la breve misiva, miró hacia allá.

Dio un respingo en el asiento.

Se había visto a sí mismo.

Pestañeó, mirando de nuevo. No. Ya no había nada ni nadie.

Se incorporó. Llegó a la puerta del cuartito de aseo. Contempló el espejo sobre el lavabo. Allí se había visto reflejado.

Eso no tenía la menor importancia, en buena lógica.

Todo el mundo puede verse en un espejo. Pero no verse de repente, cuando uno no está en el ángulo visual adecuado para verse... y cuando al momento ya ha dejado de verse.

Estaba seguro de haberse visto. Reflejado en el espejo. Y *sonriente.*

Su propia imagen sonriente, reflejada allí. Y él *no* sonreía en ese momento. Estaba seguro de eso, porque buscaba una frase adecuada, con el ceño fruncido, el gesto pensativo.

Contempló el espejo de cerca. Se miró a sí mismo. Todo normal.

Sacudió la cabeza. Quizá los nervios habían estado sometidos a demasiada tensión en aquellos últimos días de internamiento. Quizá estaba fatigado, o excitado. Naturalmente, no fue sino un espejismo.

Regresó a su asiento. Continuó la carta, lentamente. De repente, tuvo como un escalofrío. Alzó, rápido, sus ojos. Los clavó en el espejo.

Allí estaba otra vez. El. Sonriendo extrañamente. Y... en pie. No sentado, sino *en pie.* Sobre un fondo que en el espejo, ahora, era negro por completo, sin reflejar nada más.

Se irguió de un salto, corrió al espejo. Se paró en seco, en el umbral del lavabo.

El espejo reflejaba la cabina, normalmente. Y a él sobresaltado, en movimiento, sin asomo de sonrisa. Avanzó, y avanzó la, imagen. Se miró a sí mismo, con total normalidad.

-Cielos... -cerró los ojos, frotándose sienes y párpados. Notó un leve sudor humedeciendo su piel-. No es posible... He imaginado todo esto...

Abrió los ojos. Nada. El espejo, normal. El, también.

Regresó a la mesa. Ya no era capaz de escribir. Miró y miró al espejo, repetidamente. No se produjo de nuevo la alucinación o lo que fuese. Oyó entrar a la doctora McCambridge en la cabina vecina. Luego, escuchó la voz de Yvonne, dando las buenas noches. Sólo faltaba Albert Monroe. Todd Loomish se acostó, disponiéndose a descansar.

Pero no podía olvidar el espejo. Y su extraña, fugaz imagen.

¿Reflejo? ¿Espejismo? ¿Alucinación?

No lo sabía. Pero estaba seguro de haberlo visto.

* * *

Albert Monroe no sabía nada de eso cuando se produjo el fenómeno.

Regresaba de la planta baja, tras de tomar un trago de zumo de frutas, sin alcohol, en el bar del edificio. Subió a su cabina, pero utilizando las escaleras, no el ascensor. Le gustaba estirar las piernas antes de dormir. Yvonne había subido ya.

Suspiró. Iba a ser agradable aquel viaje. Yvonne... y él. Se preguntó si podrían ser fríamente científicos en todo. No lo creía. Yvonne era una muchacha apasionada. Y él también. Le gustaba la chica. Estaba convencido de que también él gustaba a Yvonne bastante. Sí. Iba a ser un bello viaje, pensó.

Se detuvo, sorprendido. Miró a la puerta, a la habitación en sombras, con leve luz reflejada del exterior.

-¡Yvonne! -exclamó-. ¿Qué haces ahí? Creí que habías subido a tu cabina ya...

Yvonne no le respondió. Estaba mirándole, sonriente, desde el interior de aquella cabina oscura, dedicada a sala de recreo.

-Yvonne, ¿es que estás tratando de bromear, o no tienes sueño? -sonrió Albert Monroe, entrando en la salita.

Entonces se vio a sí mismo, junto a Yvonne. Se vio sonriente, con mirada fija. Y entendió. Dio la luz. El espejo de cuerpo entero, al

fondo de la sala, había reflejado a Yvonne que, naturalmente, estaría ahora a su lado, escondida en la sala, junto a la puerta.

Giró la cabeza a ambos lados. Sufrió un tremendo sobresalto.

Yvonne no estaba en parte alguna.

Miró al espejo. Ella tampoco estaba ya allí. Pero él sí. Sonriente, erguido extrañamente frío... Y con un fondo negro, en vez de la habitación reflejada.

-¿Qué diablos...? -masculló.

Fue al espejo. La imagen se fundió en sí mismo, moviéndose, con gesto de extrañeza. Ya sin sonrisa.

Se quedó parado ante el espejo. Se miró una y otra vez, perplejo. No podía entender bien aquello. Pero estaba seguro de haberlo visto.

-Quizás la cena no me sentó bien -comentó para sí-. O ese endiablado de Mike, puso alcohol en el zumo de frutas, pese al reglamento...

Se encaminó a la puerta. Debía de serenar sus nervios. El no podía permitirse ciertos lujos. Le había costado mucho salir de su vieja crisis, combatir su psicosis de antes, y normalizarse hasta ser capaz de volver a la astronáutica activa. Ahora que estaba curado, no era ocasión de dejarse vencer por el nerviosismo.

-Amigo Al, estás borracho o ves visiones -se dijo a sí mismo, con ironía-. Ahí no hay sino un espejo vulgar y corriente, y tú reflejado en él. Imaginaste a Yvonne. Eso puede ser bueno o malo. Depende del grado de obsesión que empieces a sentir por esa chica.

Se despidió burlonamente de sí mismo, en el espejo, y se encaminó a la puerta, apagando las luces de la cabina de recreo. Giró la cabeza por última vez, irónico hacia su propia imagen.

Emitió un grito ronco, lleno de ira y de sobresalto.

-¡Oh, no! -aulló-. ¡Otra vez, no...!

Pero allí estaban otra vez. Yvonne y él. Extrañamente fríos, sonrientes, lejanos. Mirándole como... como si fueran *extraños.* Pero una de aquellas figuras era la suya propia.

Se precipitó, furioso, contra el espejo. Las imágenes seguían

contemplándole, burlonas y frías. No se movían. Flotaban, *dentro* del espejo. Como si éste, en vez de puro reflejo, tuviera dimensión propia, con aquel fondo de impenetrable negrura...

Descargó sus puños contra el espejo, con un aullido de ira. Se resquebrajó el vidrio, empezó a desprenderse, en afilados fragmentos... y los nudillos de Al se llenaron de sangre.

-¡Malditos, malditos fantasmas! -rugió-. ¿Que hacéis ahí? ¿Pretendéis enloquecerme?

El espejo se hizo pedazos, cayeron éstos con estrépito... Desde unos trozos de vidrio azogado, las imágenes de sí mismo y de Yvonne le dirigieron una última sonrisa burlona, antes de que se quedasen dispersos los vidrios por el suelo, con su normal aspecto de siempre.

Se oyeron carreras, pasos precipitados. Como hipnotizado, Al Monroe se contempló la sangre de sus manos, miró los vidrios, miró en torno.

-Dios mío, ¿qué he hecho? -musitó-. ¿Qué hice? ¿Cómo explicar ahora...?

Se volvió. Unos cuantos compañeros de servicio nocturno, estaban allí, contemplándole sorprendidos, alarmados. Se abrió paso entre ellos una figura esbelta, harto conocida. Unos helados ojos le miraron, desde detrás de los lentes de montura metálica.

-Monroe, ¿qué ha hecho usted? -preguntó con frialdad Hazel Me Cambridge, doctora en Psiquiatría Espacial.

-Yo... yo, doctora... -jadeó Monroe. Señaló al espejo-. Creí ver algo anormal... Me excité... No supe lo que hacía...

-Ya lo veo, Monroe -ella no desvió de él su mirada-. Venga conmigo, por favor. Hemos de hablar usted y yo...

-Sí, doctora. Como usted quiera...

Dócilmente, la siguió. Supo que lo había perdido todo, de golpe.

Al día siguiente, se comunicó el aplazamiento de la prueba espacial a los astronautas. Albert Monroe era baja en el grupo, por desequilibrio nervioso. Le sustituiría un frío y nada emocional astronauta, llamado Virgil Gleason, un veterano del espacio.

Capítulo II - ANTIPROTONES

-¿Se sabe algo nuevo, Yvonne?

-No, nada aún... -dominó Yvonne un sollozo, y sus manos oprimieron, en gesto angustiado, su prominente seno, dibujado nítida, agresivamente, por el uniforme plateado de la NASA-. Es desesperante, Todd...

-¿Has hablado con la doctora McCambridge?

-Ya sabes cómo es ella. Oficialmente, no hay nada que referir. Al ha sido internado en el Pabellón de Psiquiatría, para un examen y revisión. No dicen más.

-Ya -Todd se mordió el labio inferior-. Tendré que hablar yo con ella.

-No te dirá nada. Ya sabes su modo de actuar y de pensar. Siempre estricta reserva.

-De todos modos, lo intentaremos, Yvonne. Algo extraño ocurre, y quiero saber qué es ello.

-Ojalá tengas suerte. Esa mujer parece de puro hielo, Todd. No parece sensibilizarse por nada ni por nadie.

-Lo sé -sonrió Loomish, pensativo-. Eso me preocupa, Yvonne. No va a ser nada hermoso nuestro idilio allá arriba...

-¿Y yo, Todd? -se quejó la joven pelirroja, de rotundas curvas y macizo torso-. Ahora, debo Olvidar a Al, y pensar que deberé convivir con... con ese horrible y frío individuo llamado Gleason, que sentirá tanta pasión como pueda sentir un iceberg... Creo que debería hacerse pareja de la doctora.

-Y yo contigo... -la miró, riendo, Loomish-. No estaría mal, Yvonne. Pero me asustaría la idea de arder en tu fuego...

-Qué tonto eres -tuvo que sonreír, a la fuerza, por su broma. Irguió su potente torso-. No iba a resultar tan temible, Todd.

-Por si acaso, intentaré devolverte a tu Al para ese viaje.

-Eso, no creo que lo logres. No entra en los proyectos de la doctora McCambridge, es obvio.

-Veremos. Tengo que hablar con ella. Y cuanto antes, mejor.

* * *

-Y bien, Loomish. ¿Qué tiene que decirme?

No era muy alentador el principio. Todd contempló a la gélida mujer con quien él debía convivir y procrear, allá en el Cosmos. La mirada de ella, a través de sus gafas, era puro hielo azul, fijo en él.

-Me intereso por un camarada, doctora. Quisiera saber qué va a suceder con Monroe.

-Nada. Ha sido substituido, eso es todo. Motivos de salud.

-Sé muy bien todo eso, doctora. Lo que me preocupa es Monroe, no su puesto en la misión, que está perfectamente cubierto por Gleason.

-No debe preocuparse, Loomish. Los médicos cuidan de él. No es grave. Un problema psíquico que debe ser atendido, eso es todo. Pero una persona sometida a alguna deficiencia psico-mental, no puede viajar al espacio, usted lo sabe.

-¿No puede decirme qué clase de dolencia sufre Monroe?

-¿Por qué se preocupa tanto por eso? Usted no es un experto en psiquiatría.

-No. Pero soy amigo de Al.

-Todos somos amigos de él. Lo somos mutuamente, Loomish. Me duele tanto como a usted que él no nos acompañe. Pero no podemos depender de una persona enferma. Ni arriesgarle a él a un prolongado encierro que pudiera trastornarle de modo definitivo.

-Las últimas pruebas psíquicas las pasó perfectamente, como todos nosotros.

-Lo sé. Pero algo ha cambiado. El estuvo ya enfermo una vez. Una profunda depresión nerviosa de la que parecía haber sanado. Ahora ha

tenido una crisis.

-¿Qué clase de crisis?

-Es obstinado, ¿eh, Loomish? -se molestó Hazel McCambridge, frunciendo el ceño. Se incorporó, alisándose mecánicamente su suave, liso cabello rubio natural-. Bien puesto que tanto insiste, le voy a ser sincera. Encontramos a Al Monroe anoche... con las manos ensangrentadas, enfrentado a un espejo.

-Un espejo... -se estremeció Todd.

-Sí. Un espejo. Lo había destrozado a golpes, desgarrándose ambas manos. ¿Sabe lo que dijo?

-Lo imagino -suspiró Loomish.

-¿Qué? -ella enarcó las cejas-. No, no puede imaginarlo. Nadie lo imaginaría.

-Yo sí. Doctora McCambridge, me temo que Al Monroe se vio a sí mismo en ese espejo... de diferente modo a como tenía que verse. Como si él fuese *otra* persona. Con gesto y vida propias.

-¿Cómo lo sabe? -exclamó la doctora, aturdida-. ¿Le ha sucedido a Monroe otras veces esa misma alucinación?

-No, doctora -negó Todd-. Me ha sucedido *a mí.*

* * *

Todd terminó de leer el informe en estenotipia, de las declaraciones de Albert Monroe a la doctora McCambridge. Alzó los ojos. Se encontró con la mirada azul de ella, fija en su rostro.

-¿Y bien? -indagó el psiquiatra, con tono frío.

-Ya veo. Lo de él fue más amplio. Vio a Yvonne, mientras ella dormía ya en su cabina. Reflejada en el espejo de la cámara de recreo. Se vio a sí mismo, sobre un fondo negro, sin formas ni luz.

-Es una visión típica de un enfermo de psicosis -declaró ella, pensativa-. Usted no hablaba en serio antes, cuando afirmó...

-Completamente en serio, doctora. Me vi a mí mismo, sonriente, extraño, en pie. Y yo estaba sentado, pensativo, incluso serio... Luego, la imagen se borró.

-No puede ser. No creo en una epidemia, en una serie de casos de psicosis, ni en espejismos absurdos.

-Pues afronte esa realidad. Ocurrió dos veces. No soy un tipo emocional ni impresionable en exceso. Pude confirmar el fenómeno.

-Usted no me dijo nada...

-Temí que me ocurriese lo que le ocurre ahora a Al. A fin de cuentas, ¿qué evidencia poseía yo? ¿Quién iba a creer una cosa tan ridícula?

-El espejo de la sala de recreo era perfectamente vulgar. Nada de trucos, ni bromas de mal gusto ni cosa parecida. El lo hizo añicos, y era vidrio vulgar y corriente.

-También mi espejo es así, doctora. Puede examinarlo. Yo lo hice ya varias veces, sin resultado alguno.

-¿No se ha repetido el fenómeno? -No, en absoluto. Todo vuelve a ser como antes. -Según eso, usted afirma que Al Monroe es normal, que no padece alucinaciones...

-Yo no afirmo nada. Simplemente, expongo un hecho: los dos hemos sufrido idéntica sensación. Y ni siquiera hemos hablado jamás de ello.

-Habrá que analizar la posibilidad de un sabotaje...

-¿Sabotaje? -dudó Loomish.

-Una forma de droga, un alucinógeno, mezclado acaso en una bebida, en un alimento... o un gas que influya en los sentidos...

-Eso suena a fantasía pura, doctora.

-¿Y cómo cree que suena la historia de un reflejo en el espejo, que cobra vida propia y se independiza de la persona reflejada... o el reflejo de alguien que ni siquiera está presente, como es el caso de la imagen de Yvonne Román?

-Más o menos lo mismo, ya lo sé. Doctora, ahora que sabe cómo están las cosas, ¿qué piensa usted hacer?

-Supongo que habrá que dar el alta a Monroe, pedirle disculpas... y volverlo a incluir en el Proyecto Nébula.

-Es lo que imagino.

-No resulta tan fácil obrar así, Loomish. Será preciso consultar al coronel Fenton, jefe del Proyecto. Y que él decida...

* * *

El coronel Michael Fenton, sacudió la cabeza, indeciso.

-No lo entiendo -manifestó-. No veo claro nada de todo eso, doctora McCambridge.

-Claro que no, señor. Todo suena a puro disparate.

Pero Todd Loomish ha hecho ya su declaración jurada del asunto. Coincide en todos los puntos con la de Albert Monroe.

-Y no existe alucinación colectiva, ni acción de droga o estimulante alguno...

-En absoluto. He hecho un examen psíquico a Loomish. Su estado es perfecto. Mental y físicamente. En cuanto a Monroe está muy excitado, pero resulta lógico, habida cuenta de su desorientación y nerviosismo.

-Loomish, ¿usted le ve alguna explicación razonable al asunto? -demandó el coronel, volviéndose a Todd.

-Ninguna, señor -convino el astronauta, moviendo la cabeza en sentido negativo.

-Lo suponía -resopló el militar. Se frotó el mentón y caminó hasta el ventanal de su oficina. Allá enfrente, en el amplio claro, se alzaba la torre con el Proyectil Cíclope, y la cápsula Argos allá, en su extremidad superior. Permaneció allí un rato, las manos a su espalda, meditando profundamente.

Cuando se volvió, su gesto era hondamente serio.

-Habrá que sacar a Monroe del Pabellón Psiquiátrico de

observación -dijo-. Y devolverle a su puesto en la expedición, si su estado psíquico lo permite.

-Sí, coronel -admitió secamente la doctora-. Pero emocionalmente, tal vez no esté en un momento idóneo para formar parte del grupo...

-Estúdiele a fondo, y decida usted, doctora. Es su trabajo. En cuanto a esos espejos, Loomish... -se encogió de hombros, mirando a Todd-. No sé qué hacer, la verdad.

-Nadie sabe qué hacer -sonrió Loomish-. Son los espejos de siempre, no han sido manipulados ni trucados en absoluto.

-Dejemos ese misterio en el aire, por tanto -suspiró el coronel Fenton-. Y usted, doctora, ocúpese ahora mismo de Albert Monroe, ese pobre muchacho...

-Sí, coronel. Como usted disponga...

Sonó el interfono de la mesa despacho. Penton fue a ocuparse de la llamada, aún con la preocupación y el desconcierto presidiendo su faz.

-Aquí Penton -habló-. ¿Qué hay?

Escuchó. Lanzó una imprecación, cerró el interfono y les contempló, estupefacto.

-¡Es inaudito! -exclamó, mirando a la doctora McCambridge.

-¿Sucede algo, señor? -se inquietó ella.

-¿Si sucede? ¡Ya lo creo que sucede! ¡Albert Monroe ha desaparecido! ¡Se ha fugado del Pabellón Psiquiátrico! Y, lo que es peor... un miembro de la guardia ha sido asesinado...

* * *

Todd Loomish, sombrío, muy pálido aún, contempló el cuerpo del funcionario de la NASA, armado y uniformado. La sangre empapaba sus ropas, su rostro, tras brotar tumultuosa de la terrible herida abierta en su cráneo.

Luego, el coronel Penton volvió a cubrir el cadáver con una manta,

y clavó sus ojos en el general Clark B. Robbins, de Seguridad Militar y Civil en la base de Cabo Cañaveral.

-Espantoso -musitó-. Le hundieron el cráneo con dos o tres golpes brutales. Pobre muchacho...

Todd cambió una mirada con la doctora McCambridge, que había perdido parte de su habitual entereza. Era la primera vez que Loomish la veía nerviosa, vacilante, impresionada por algo.

-¿Cree que Al pudo hacer eso? -indagó.

-No lo sé -suspiró ella-. No puedo creer en absoluto que sea agresivo ni homicida. No encaja en su psicología, a menos...

-A menos, ¿qué?

-A menos que esté bajo los efectos de algo -la doctora sacudió la cabeza-. Si no fuera porque usted vio también esa visión en el espejo, Loomish, y su estado psico-mental es satisfactorio por completo... yo diría que Monroe padece una psicosis grave y repentina, motivada por algún factor desconocido.

El doctor Spyro Henderson, apareció, muy pálido, en la puerta del Pabellón Psiquiátrico. Llamó confidencialmente al general Robbins y a la doctora McCambridge. Les explicó algo en voz baja. La doctora lanzó una imprecación. El general corrió a un teléfono interior, provisto de pantalla de televisión, para comunicar con urgencia con alguien.

-Es un desastre -murmuró la doctora, caminando hacia Loomish, muy pálida.

-¿Qué? -exclamó Todd-. ¿Otra novedad?

-Y de la peor clase que pudiera darse -musitó ella ahogadamente-. Monroe no escapó solo de aquí...

-¿Cómo?

-Se fue con una mujer.

-Una mujer...

-Sí. Una mujer terriblemente peligrosa... Aislada en el sector de Rehabilitación Mental. No podemos saber si ella se lo llevó consigo a la fuerza... o ambos se unieron para escapar. Tampoco podemos saber

cuál de ellos asesinó a ese hombre, aunque ahora me inclino a suponer que fue ella...

-Pero..., ¿de quién se trata? -indagó Loomish, impresionado.

-De Melissa Marsh. La demente hija del profesor Norbert Marsh, que resultó muerto en su reactor de Antimateria, en los Laboratorios del Centro Marsh, de Nueva York, cuando experimentaban con antiprotones del Helio 3... y de otros cuerpos químicos. Una mujer enloquecida y cruel, capaz de cualquier cosa, por terrible que sea...

Capítulo III - CERCO

El proyector iluminó la pantalla. Apareció en ella, ampliado, el microfilm con la ficha personal completa:

MARSH, Melissa.

25 de agosto de 1973.

Hembra. Cabello negro. Ojos color café.

Físico. Astronauta especializado.

Baja temporal. Indicios demenciales. Esquizofrenia. Psicosis.

Motivos posibles: fallecimiento del padre en experimentos científicos. Desequilibrio mental por imprudencia en trabajos físico-químicos. Excesiva exposición a efectos radiactivos.

Diagnóstico provisional: aislamiento. Máximas precauciones.

Signo especial: PELIGROSA.

Acompañaba una fotografía, huellas dactilares, datos antropométricos completos. Todo minuciosamente detallado. Todo previsto por el Servicio de Informes Personales de la NASA.

Todd Loomish meditó en voz alta:

-Solamente veintitrés años...

-Solamente veintitrés -suspiró el general Robbins-. Nació en 1973. Pero es como sí tuviera quince. O cuarenta. El peligro está en su mente. Es una hermosa muchacha, inteligente y culta. Lo peor fue que la muerte paterna, en el acelerador de partículas de su centro investigador, unido a la excesiva acción de las radiaciones nucleares, provocaron en ella ese desequilibrio mental. Lesiones posiblemente incurables, en su cerebro, que la convirtieron en una demente muy peligrosa. Su propia inteligencia y conocimientos se vuelven ahora contra ella, haciéndola infinitamente más astuta, hábil y perversa.

-Y ahora está libre...

-Eso es. Libre... -la doctora McCambridge meneó la cabeza, preocupada-. Era una excelente astronauta. Fuerte físicamente, capacitada para cualquier misión científica en los vuelos espaciales... Hubo que darla de baja y someterla a tratamiento. Por el momento, éste no resultó. Pero yo no desesperaba de sanarla en unos seis o siete años, recuperándola como ser humano y como miembro de la NASA y de la propia Ciencia. Pero...

-Ahora hay que darle caza -musitó el general-. Como sea.

-No creo que Al se haya prestado a ser su cómplice en esa fuga -musitó Loomish-. Ella ha debido conminarle.

-Es muy posible, sí -admitió la doctora McCambridge-. Pero de cualquier modo, la situación es igualmente grave. Ellos están en libertad, se ha cometido un crimen... y en cualquier momento, el propio Al Monroe puede ser víctima de su maníaca compañera.

-¿Qué cree que harán ellos ahora? -quiso saber Loomish.

-No lo sé. Pero hemos adoptado medidas para impedir que ella regrese al lugar que le era más querido, el que le obsesiona con más fuerza.

-¿Y es...?

-El acelerador de partículas, en los laboratorios físico-nucleares de Nueva York, propiedad del difunto profesor Norbert Marsh, muerto manipulando las partículas dentro del acelerador, en busca del aislamiento y conservación de partículas de Helio-3, que siempre el principio de obtención de lo que más busca el hombre de Ciencia desde hace ya décadas.

-La Antimateria -suspiró Loomish.

-Eso es: la Antimateria, formada de antiprotones y antineutrones. Sabemos que el Helio-3, formado por dos protones y un neutrón, es el cuerpo químico más simple para reproducir en su anticoncepción, a base de formas nucleares negativas. Ya los soviéticos lo consiguieron hace más de veinte años, pero se ha progresado poco en ese sentido. Sabemos que Marsh sí estaba progresando, y cuando murió destrozado, descompuesto por la Antimateria, estamos seguros de que había superado ya la fase experimental del Helio-3, y estaba metido con otra búsqueda más importante, en el campo de antipartículas. Lo que ello fuese, sólo él y su hija lo sabían. El murió. Y Melissa... quedó tarada mentalmente, quizá para siempre. De modo que nada sabemos. Los apuntes y documentos se perdieron con el propio profesor, desintegrados en una cámara de su gigantesco acelerador de *Gigaelectronvoltios.*

-Y ahora, temen ustedes... que ella vuelva allí. ¿Para qué lo haría?

-Recuerde que está loca. Y que es muy inteligente. Cualquier cosa es posible de un ser así...

El visoteléfono sonó, allá en la cámara donde estaban asistiendo a la proyección de documentos relativos a la desaparecida Melissa Marsh, la hija del científico. Acudió el general con rapidez. Sonó una imprecación. Todos miraron hacia él.

Estaba pálido, alarmado. Colgó el televisófono y jadeó:

-Informe de Nueva York. Varios agentes han llegado al ciclotrón del profesor Marsh. Temen que sea demasiado tarde.

-¿Por qué? -se agitó la doctora McCambridge.

-Ellos debieron conseguir en algún lugar de esta base un vehículo ultra-rápido. Están ya allí.

-¿Qué? -dijo un respingo el coronel Michael Fenton.

-Lo que oyen. Están dentro del Centro de Investigación Marsh, encerrados. Han puesto en funcionamiento los aislantes eléctricos, y una corriente de alta tensión protege el recinto, impidiendo entrar a los policías y soldados.

-Se puede cortar el fluido eléctrico a la zona... -sugirió la doctora McCambridge.

-Ya se hizo -suspiró el general-. Pero poseen un generador interior que funciona por medio de una pila nuclear. Habrá que estudiar la posibilidad de destruir ese reactor atómico... si ello es posible, sin causar daño, cuando menos, al astronauta Monroe.

-Cielos... -Hazel McCambridge cambió una mirada de preocupación con Loomish-. Ese Centro está inutilizado temporalmente, pero ella puede ponerlo en funcionamiento. Está instalado todo para investigar la Antimateria. Y ella sabe cómo hacerlo... Ella está obsesionada con algo que también obsesionó a su padre hasta llevarle a la muerte...

-Lo mejor será trasladarnos personalmente a Nueva York -habló con voz seca el general Robbins-. Ese acelerador nuclear está situado a diez millas al norte de la ciudad. Sobre el terreno, veremos qué hacer...

-Me gustaría acompañarles -pidió Loomish.

-Usted es un astronauta, en vísperas de una misión importante -comentó el coronel Fenton-. No sería prudente ni preceptivo que abandone su aislamiento de preparación, para desplazarse a otro lugar...

-Psicológicamente hablando, y dado que el vuelo espacial de la nave Argos, se ha demorado unas fechas a causa de los acontecimientos, opino que no le causaría mal alguno al astronauta Loomish venir con nosotros a Nueva York -juzgó la doctora McCambridge-. Es más, le sentará mejor verse sobre el terreno y cono personalmente la marcha de los sucesos que afecten a camarada Monroe, que quedarse aquí a la espera, s saber lo que está ocurriendo allí.

-Muy bien -aceptó el coronel, mirando a Todd Puede usted venir. Fletaremos inmediatamente un turbo reactor ultra-rápido.

-Gracias, señor -Loomish miró a la psicóloga-. Gracias, doctora.

-No me las dé -habló ella secamente-. Es un si pie consejo de psiquíatra, Loomish.

Y dio media vuelta, cortando la conversación de modo definitivo.

* * *

Era un amplio recinto, en las vecindades del Hudson y no lejos de West Point, al norte de Nueva York. E una zona ampliamente despejada, se alzaban las alambradas y muros de la zona acotada, propiedad persona de Norbert Marsh, un científico adinerado y terriblemente independiente, huraño y poco comunicativo, que deseaba investigar por su cuenta, tarea en la que invirtió su gran fortuna.

Tenía una carretera no muy amplia, particular, asfaltada y con señalización propia, partiendo de la carretera general a Albany. Estaba prohibido el paso a toda persona ajena al Centro de Investigación Marsh.

Ahora, todo aquella aparecía en desuso. Los cincuenta empleados, entre físicos, químicos, técnicos y trabajadores de la entidad privada, abandonaron ésta al morir Marsh y ser internada su hija, gravemente enferma de su cerebro. Se clausuró por orden federal el Centro, y la inactividad había hecho mella en el lugar. Las alambradas aparecían cubiertas de óxido, los muros resquebrajados o desconchados. Todo tenía el aire de lo deshabitado e inutilizado.

Alrededor, coches-patrulla, vehículos todo terreno y helicópteros del Ejército, formaban un denso cerco, como si dentro del olvidado recinto, un peligro mortal se aprestara a atacar a la más poderosa nación del mundo.

El general Robbins entró inmediatamente en contacto con el jefe de operaciones conjuntas policíaco-militares. Había excitación y mal humor en torno al Centro investigador del profesor Marsh.

Todd Loomish vio cómo era lanzado contra las alambradas un pequeño vehículo a motor accionado a distancia, con un control remoto de radio. Apenas chocó con la alambrada, se produjo un cegador destello, un chisporroteo azul, violento... y el vehículo quedó convertido en chatarra ennegrecida, entre llamaradas.

-Ya lo ven -dijo un mayor del ejército-. Todo electrificado. Alta tensión. No hay fluido eléctrico en toda la zona. Pero ellos pusieron en funcionamiento la pila nuclear, generando energía propia. No se puede entrar ahí. Ni por tierra ni por el aire.

-¿No se pueden utilizar paracaidistas lanzados desde helicópteros? -se sorprendió Loomish.

-No. Han extendido rollos de alambre por doquier. Se entrecruzan en los senderos interiores. Todo electrificado. Probamos antes, arrojando unos fardos al interior. Se produjeron varios chispazos y descargas. Los fardos son ahora simples pavesas... Igual hubiera sucedido con los paracaidistas.

-Entiendo -el general Robbins sacudió la cabeza con energía-. Una defensa sólida de la plaza. ¿Seguro que ellos se hallan dentro?

-Totalmente. Tenemos fotografías tomadas con teleobjetivo. Las revelamos aquí mismo, por el procedimiento Polaroid. Vean...

Mostraron algunas fotografías, no muy nítidas, dada la utilización de teleobjetivos aéreos, pero Todd Loomish señaló tres de ellas.

-Es Monroe, seguro -dijo, mostrando al hombre que caminaba, armado con un rifle, junto a una mujer con ropas color aluminio, las que debía llevar internada en el pabellón psiquiátrico de la NASA, en Cabo Cañaveral-. Y va armado...

-Sí. Ella le ha convencido para que se defienda y trate de huir, no hay duda -suspiró la doctora McCambridge, con el ceño fruncido-. Los locos son muy persuasivos. Y la mayoría de las veces, ni siquiera parecen locos. Monroe está siendo engañado, y tal vez inclusa ignora el estado mental de ella. Es peligroso para él Muy peligroso. Por alguna razón, esa mujer ha hecho que él la acompañe. Debe necesitarlo para algo. Ella no se puede valer por sí sola, y...

-¡Eh, escuchen eso! -gritó el mayor.

-¿Qué? -preguntó el general Robbins. Y enmudeció, porque sí que se escuchaba con claridad aquel ruido.

Loomish y los demás permanecieron silenciosos. Por algún punto, se percibía una vibración, un potente zumbido, que hacía vibrar el suelo, y penetraba profundamente en los tímpanos.

El mayor bajó el volumen de un receptor montado en el coche de mando. Les miró, sombrío.

-El acelerador -dijo roncamente-. El acelerador de articulas. Ha sido puesto en funcionamiento.

-Cielos... -se estremeció el general Robbins-. ¿Qué pretende esa mujer?

-Parece obvio -señaló la doctora McCambridge-. Pretende reanudar las experiencias que acabaron con su padre, desintegrándole trágicamente.

-Antimateria... -jadeó Loomish, pálido.

-Sí -asintió ella-. Eso me temo. Melissa Marsh pretende... volver a producir antipartículas. Para eso necesita a Al Monroe. Quizá... quizá, incluso, como conejo de indias humano...

* * *

Era demasiado escalofriante la posibilidad.

Pero lo peor es que era altamente factible. Ella ayudó a su padre en las pruebas secretas, incluso clandestinas, de las antipartículas. Experimentos prohibidos, que dieron por resultado la tragedia. Ahora, ella ocupaba el papel de su padre. Ella dirigía el experimento. Y Al Monroe la ayudaba, convencido sólo Dios sabía por qué medios...

Un automóvil se detuvo junto a los demás vehículos parados en torno al lugar donde podía desencadena la mayor y más estúpida hecatombe científica del í mentó. Todos se volvieron. La doctora Hazel McCambridge corrió a recibir al recién llegado.

-¡Doctor William Lemkov! -gritó-. ¿A qué se de su presencia aquí?

Y William Lemkov, una autoridad en psiquiatría, psicología y toda clase de cuestiones mentales, lo expuso con claridad, sacando de dudas en gran parte a muchos de los allí presentes.

-Doctora McCambridge, mi querida colega... -su piró el médico-. He venido para informarles de algo relacionado con Melissa Marsh, que fue mi paciente antes del drama en que su padre perdió la vida y ella la razón...

-¿Qué es lo que hay de nuevo con ella, doctor? -se interesó el general Robbins, estrechando cordialmente la mano.

-Consideré importante que supieran ustedes que hombre que me informaron acompaña a esa mujer, está considerado cómplice o responsable directo de u homicidio en la base espacial de Cabo

Cañaveral, e posible que no sea responsable en absoluto de lo que ahora está haciendo.

-¿Por qué dice eso, doctor? -se interesó Todd Loomish, acercándose al grupo.

-Porque, señores, esa mujer, Melissa Marsh, pose unas extraordinarias facultades para... *hipnotizar.* Y la hipnosis convierte a un ser humano, fácilmente, en esclavo del otro...

* * *

Hipnosis.

Era esa la explicación. Poder hipnótico. Aquella diabólica y hermosa muchacha, enloquecida y peligrosa, tenía la facultad de someter a cualquiera a su malévola voluntad, sólo con sus ojos y su poder mental.

-Pobre Al, pobre muchacho... -fue lo único que atinó a comentar Loomish, roncamente.

-Sí, es digno de compasión -admitió el doctor Lemkov-. No debe ser dueño de sus actos, ni sabe lo que hace. Ella puede obligarle a la mayor de las locuras.

-Y me temo que ya la está cometiendo -musitó Hazel McCambridge, impresionada-. Ahí dentro, están acaso liberando una energía terrible, incapaz de ser dominada después... Ya ha costado una vida, y puede costar muchas más. Todos ustedes saben lo que la Antimateria puede producir, a su simple contacto con la Materia...

-Destrucción total -sentenció, muy pálido, el general Robbins.

Se volvió resueltamente, hacia su subordinados inmediatos. Y dio una orden tajante, decidida, llena de energía y, posiblemente, también de desesperación:

-Vamos, hagan algo. Lo que sea. ¡Quiero entrar en ese lugar! Anulen de algún modo la alta tensión, destruyan el centro creador de energía eléctrica. ¡Hagan cualquier cosa, pero en menos de una hora, quiero estar *dentro* de ese recinto!

Los militares y policías se miraron entre sí, indecisos. No sabían qué hacer, pero era una orden. Y ala habría que hacer, fuese lo que fuese

* * *

Iban treinta minutos del tiempo concedido como ultimátum del general a sus propias fuerzas, y todo continuaba igual, dentro y fuera del recinto cercado.

Se habían intentado algunos procedimientos para aislar la energía eléctrica en la pila atómica, por medio de radiaciones dirigidas, pero solamente lograron reducir la tensión sin que, por ello, dejase de estar todo cuerpo eléctrico cargado de suficiente fuerza como para resultar mortal al contacto.

Se lanzaron unos monigotes con envoltura de amianto, y tampoco resultó. Todavía era demasiado fuerte la tensión eléctrica, y el amianto era deteriorado paulatinamente, al contacto frecuente con las redes electrificadas.

Dentro, el zumbido vibrante del poderoso ciclotrón con su túnel o cilindro dedicado a acelerador de partículas, se mantenía regular, con propensión al aumento en su intensidad, según marcaban las agujas detectoras.

El campamento policíaco-militar, en torno al lugar, resultaba impresionante. Pero ineficaz. Helicópteros provistos de potentes medios ópticos visuales, y de cámaras fotográficas de alta sensibilidad, con teleobjetivo, sobrevolaban la zona una y otra vez, a la espera de obtener datos precisos que facilitasen el asalto.

Pero éste no parecía nada sencillo.

Y no lo fue, hasta que, de repente, la vibración ceso por completo.

El silencio fue total, repentino. Casi se hizo molesto.

Todos se miraron, tensos.

-Cesó de funcionar el ciclotrón -dijo alguien.

-No hay actividad en el acelerador -señaló la doctora.

Loomish tomó una piedra y la arrojó contra la alambrada. No se produjeron chispazos al impacto. La piedra rebotó, rodando mansamente al pie de la alambrada.

Rápidamente, Loomish se volvió a los demás.

-¡No hay energía eléctrica en las alambradas! -jadeó-. Vamos, hay que intentarlo ya, por si luego se reanuda la actividad!

-¡No, Loomish, cuidado! -chilló! el general Robbins-. ¡No cometa locuras!

Pero ya el astronauta llegaba a la alambrada y, decididamente, la escalaba, saltando luego al lado opuesto, con un "mono" de amianto enrollado al brazo. Una vez en el lado contrario, dentro ya del recinto, se puso con rapidez el "mono", y ajustó la caperuza, provista de un visor o antifaz transparente, de una aleación de amianto y plástico antitérmico.

La doctora McCambridge también se vestía con celeridad otro de aquellos trajes, y se unieron a ella un grupo de soldados y policías debidamente equipados. El general Robbins decidió formar parte del grupo. Todos ellos entraron en el recinto, utilizando las alambradas, que ya los técnicos procedían a cortar por medio de potentes alicates, dejando aberturas que luego, si se reanudaba la actividad eléctrica, dejaran paso libre al interior.

La invasión rápida y silenciosa del recinto científico, se inició en toda regla.

Y, cosa rara, dentro, parecía haber cesado toda actividad, todo signo de vida...

Capítulo IV - CIRCUITO NEUTRO

El profesor Harían, del Centro Internacional de Física Nuclear, dictaminó a la vista de las instalaciones del acelerador, sus pilas atómicas y sus centro de energía, ahora inmóviles:

-Todo inutilizado. Ha sufrido una avería irreparable, a mí juicio.

-Una avería... -el general Robbins arrugó el ceño, estudiando el

largo, infinito tubo gigantesco, el acelerador de grandes muros de hierro, curvos y muy espejeantes. Por una serie de orificios practicados en una gran plancha metálica especial, penetraban las descargas desintegradoras de átomos, para toda reacción termonuclear.

Ahora, todo ello aparecía quieto, inmovilizado, inútil.

-Es evidente que fue utilizado recientemente, ¿no, profesor? -indagó Todd Loomish, que no era un profano en la materia, ni mucho menos.

-Sí, fue utilizado. Ignoro si con resultados positivos o no. Pero súbitamente, surgió la avería. Algo no estaba en condiciones. Y la reacción fisionuclear se interrumpió.

-Ellos no aparecen por parte alguna -señaló la doctora McCambridge-. ¿Pudieron... desaparecer, desintegrados por un fallo en las instalaciones, profesor?

-Cabe en lo posible, sí -Harían se encogió de hombros-. También es posible que se evadieran de aquí al fallarles sus medios. Nunca sabremos eso, posiblemente, a menos que los dos aparezcan en alguna parte. Si el acelerador los desintegró por una imprudencia suya, el mayor misterio caerá sobre el asunto. Una persona convertida en protones, neutrones y electrones simples, por una descomposición atómica, se convierte en nada. En algo que fue y ya no es...

Todos entendían eso. Soldados y policías, dotados de indumentaria aislante contra radiaciones, recorrían aquella especie de enorme pasadizo cilíndrico que era el ciclotrón del Centro Científico Marsh. Muros suavemente dorados, curvos, como de oro puro, reflejando borrosamente figuras humanas en movimiento...

Dentro de sus "monos" de amianto, ahora recubiertos con un envoltorio de aparente celofana o película plástica, que les daba aspecto de cosmonautas ya en vuelo, la doctora McCambridge y Todd Loomish cerraban la expedición formada por soldados, policías, agentes federales y especialistas de Física Nuclear especialmente llegados en las últimas horas al estado de Nueva York, desde diversos puntos del país.

La zona estaba aislada de reporteros y curiosos, bajo la nominación de Zona Bajo Control Técnico-Militar. Las especulaciones, por radió y televisión, eran muchas. Pero nadie sabía lo que estaba sucediendo allí. Ni lo que sucedería con la desaparecida pareja formada por la

demente Melissa Marsh y el astronauta Albert Monroe, del Proyecto Nébula...

Fueron saliendo todos del ciclotrón inactivo, ahora completamente inofensivos, ya que los contadores Geyger no señalaban excesiva contaminación radiactiva en la zona, y menos con los equipos que ellos llevaban, perfectamente aislantes.

Loomish sujetó por un brazo a la doctora McCambridge. Habló. Su voz brotaba perfectamente a través de un sistema simple de micrófonos, y ella lo recibía igualmente, pudiendo responder por el mismo circuito emisor-receptor:

-Espere, por favor. Sólo un momento...

Ella se volvió. Le miró, a través del visor vítreo y el envoltorio de celofana aislante. Sus ojos celestes le contemplaban, curiosos e indiferentes en cierto modo, con su peculiar frialdad científica.

-¿Sí, Loomish? -indagó.

-Doctora, estoy asustado...

-¿Asustado? -enarcó sus rubias cejas, con ironía casi sarcástica-. Creí que un astronauta desconocía esa emoción.

-Creí desconocerla... hasta ahora.

-¿Por qué ahora? Nada nos va a suceder. Sólo Al Monroe corre peligro, si es que no ha muerto ya. ¿Teme por él, Loomish?

-No. Temo por todos.

-¿Por todos?

-Por nosotros. Usted, yo, ellos... -hizo un gesto hacia el exterior. A los nutridos grupos armados, o dotados de detectores; soldados, federales, policías, científicos, expertos...

-¿Qué teme, exactamente? -señaló en torno, a la bóveda curva del corredor cilíndrico y dorado del acelerador de partículas.

-Lo peor.

-Y..., ¿qué es "lo peor"?

-La nada. El silencio. La muerte sin forma. El vacío de la

desintegración total, la energía incontrolada de la antimateria...

-Se ha fantaseado mucho sobre la antimateria -rechazó la doctora-. Estamos ante un típico caso de desintegración nuclear, eso es todo. La prehistoria empezó en Hiroshima y Nagasaki, hace más de medio siglo. Esto es, posiblemente, el momento cumbre de todo eso, pero nada más.

-Doctora, hay algo más... -susurró Loomish, grave su expresión.

-¿Qué, exactamente?

-La..., *la he visto.*

-¿Cómo? -dilató sus ojos sorprendidos, bajo el doble arco dorado de sus suaves cejas.

-La he visto. A usted. Y a mí.

-Bueno, eso es lógico -rió-. Estamos aquí los dos, ¿no? Nos podemos ver bien. Y los muros curvos son como espejos dorados. Metal bruñido, terso... Hay bastante luz. Yo también le veo a usted ahora.

-No es eso. Bien lo sabe. Es..., es el fenómeno otra vez.

-¿El... fenómeno?

-No disimule. Nosotros. Usted y yo. Como antes fueron Yvonne y Al. Y yo solo...

-¿Quiere decir...? -no dijo más, pero miró al reflejo de las espejeantes paredes curvas, con sus imágenes deformadas, distorsionadas por su curva cóncava, donde ambos eran visibles.

-Sí. Eso quiero decir.

-¿Lo..., lo ha visto?

-Ahora mismo. Hace apenas un instante, allá al fondo, cerca del extremo del acelerador de partículas. A los dos: usted y yo. Sin distorsiones. Limpiamente, como en un espejo plano. Y eso no era posible.

-Lo imaginaría...

-No lo imaginé. No dije nada a nadie. Miré atentamente. *Ellos...,* ellos sonreían. Usted y yo, quiero decir. O nuestras imágenes. O lo que

fuese. Sonreían, miraban burlonamente hacia nosotros. Usted estaba de espaldas al muro, doctora. No podía reflejarse su cara. Y, sin embargo, así era.

-No puedo creerlo, Loomish.

-Ya lo sé. ¿Quiere venir conmigo? A lo mejor... a lo mejor se repite el incidente, no sé...

-Vamos -afirmó, decidida, con energía-. Pero no ocurrirá. Sé que *no puede* ocurrir...

-Ha ocurrido. Ya lo sé. No es natural, no tiene sentido. Pero ha ocurrido. Veremos si vuelve a suceder...

Los dos emprendieron la marcha, ciclotrón adelante, hacia el fondo del mismo, entre paredes curvas, bruñidas, como oro espejeante...

Se detuvieron en un punto que señaló Loomish. Se miraron ambos en la pared curvada, de metálico espejo de oro. No ocurrió nada. Imagen distorsionada. Ellos mismos, deformados por la curvatura del reflejo.

Hazel McCambridge respiró hondo. Sacudió la cabeza.

-Es inútil -dijo-. Sufre una especie de psicosis, no hay duda. Vamos ya.

-¡Espere! -jadeó Todd Loomish.

Ella iniciaba la marcha ya. Se detuvo, con aire de fastidio. Volvió a mirar. El único sonido, retumbando dentro del ámbito cilíndrico, eran sus propias voces, sus pisadas. Estaban solos los dos. Solos, dentro del ciclotrón de partículas. Solos, dentro de donde el profesor Marsh, y acaso su demente hija, produjeron antipartículas...

Lentamente, las pupilas de Hazel se dilataron. Su rostro reveló paulatino estupor, incredulidad total. Pestañeó. Se frotó los ojos, a través del envoltorio plástico, sin separar sus ojos de aquella imagen insólita del muro curvo...

Una imagen que iba dejando de distorsionarse, una imagen que se reducía, se formaba nítida, precisa, como! sobre una superficie llana, completamente lisa, invisible, superpuesta a las paredes cóncavas...

Y a su lado, también la imagen de Todd Loomish cobraba una

dimensión plana y nítida. Sin deformaciones.

-¿Qué significa...? -musitó.

No era eso todo. El fondo se diluía en un negro espeso, profundo, como de tinieblas insondables... Y sus rostros cobraban una expresión extraña, fría, cerebral, impersonal y risueña. Una mueca como una helada sonrisa, una mirada burlona y deshumanizada acaso. Y unas ropas inverosímiles, color púrpura, relucientes, muy ceñidas...

-No..., no parecemos nosotros... -jadeó Hazel-. A pesar de *ser* nosotros...

-¿Está segura, doctora? -dudó Todd, a su lado-. *¿Somos,* realmente, NOSOTROS?

La imagen, SU imagen en el espejeante muro, respondió.

Sí. Respondió, por imposible que pareciese. Con su propia voz:

-No, Todd Loomish. No sois vosotros. Somos seres diferentes..., separados por algo que nadie pudo jamás atravesar...

Hazel McCambridge palideció. Miró la doble imagen, en el solitario acelerador de partículas donde se hallaban. Luego, giró el rostro, buscando a su compañero.

Todd, tan pálido como ella, cambió una mirada incrédula con la doctora.

En el muro de metal espejeante, "la otra" doctora McCambridge añadió, apaciblemente, con un fría sonrisa:

-Parece sorprendida, doctora McCambridge...

Y las dos figuras *avanzaron,* se movieron hacia ellos, como si fueran a salir de la plana dimensión del metal espejeante, cobrando forma material...

* * *

-¿Qué me dice ahora, doctora? ¿Cree la historia de Monroe, la mía...?

Ella no pareció reaccionar a la voz de Todd Loomish. Se dedicó a contemplar, con expresión helada, su propio reflejo viviente, en el muro metálico. Su comentario lo hizo sin mirar a Todd:

-Científicamente, no tiene la menor explicación... Sufrimos una alucinación, eso es todo. Acaso radiaciones, trastornos psicomentales...

Los reflejos, sus imágenes en el muro, sonreían. Parecían tan lejanas, y a la vez tan próximas... Además tan *distintos,* a pesar de ser iguales...

-No, doctora -rechazó su contrafigura-. No niegue la evidencia. No rechace la realidad. Está viendo lo que realmente sucede, no hay una alucinación de sus sentidos.

-Imposible -rechazó ella-. Esto no puede suceder. Es todo mentira.

-Pero usted habla conmigo -replicó la otra Hazel McCambridge, desde su plana dimensión en el metal curvo-. Eso es evidente y *real,* ¿no?

-Algún alucinógeno, una droga, un vapor, algo que deforma la realidad...

-No -negó el otro Loomish-. No es eso. Se engaña usted. Quiere rechazar la única realidad posible y científica. La única explicación a lo inexplicable. Su mente es lúcida, fría, usted sabe lo que es la Ciencia. ¿Por qué no busca su explicación en ella?

-Porque no existe explicación a este absurdo. No hay Ciencia que lo explique.

-Se equivoca -replicó la contrafigura del espejo-. La hay. Una sola explicación: ustedes son Todd Loomish y la doctora McCambridge. Dos seres humanos. Dos personas. Dos habitantes de la Tierra. Nosotros...

-Ustedes..., ¿qué son? -quiso saber Todd Loomish, con tono helado.

-Dos antiseres. Dos antipersonas. Dos habitantes de la anti-Tierra. ¿Entienden ahora?

-Cielos, no -rechazó la doctora, palideciendo-. No es posible... Es simple teoría... Una hipótesis descabellada de algunos científicos...

- *Antimateria* -dijo roncamente Todd-. Eso son ustedes. Nosotros,

materia. Ustedes... lo contrario. Antiseres. Antihumanos. Antiterrestres... ¡Mundos paralelos, gentes y vidas paralelas, pero..., pero...!

-Pero a la inversa. Al otro lado del espejo. Del gran espejo, Loomish -sonrió su doble de la imagen-. Lo que nos separa eternamente. Lo que mantiene la armonía del Universo... y del anti-Universo. Del OTRO Universo, sospechado por la Ciencia de ustedes.

Audazmente, la doctora McCambridge estiró sus brazos, tocó con sus manos la superficie metálica, como queriendo palpar a sus contrafiguras, penetrar más allá del espejo...

-No, no -negó la segunda doctora McCambridge-. Eso nunca, doctora...

-No puedo... tocarles. ¡No existen, en realidad!

-Existimos..., pero hay una ley física natural, doctora -habló el otro Loomish-. Usted la conoce bien: materia y antimateria JAMÁS pueden entrar en contacto... o llega el caos. Nos destruimos mutuamente, usted lo sabe. Somos paralelos, somos idénticos. Pero nunca, nunca, podemos unir nuestras paralelas. Usted ha tocado, simplemente, la superficie de un espejo. O algo más que eso. Un límite físico. Casi matemático, doctora McCambridge. Los límites. La puerta cerrada a la antimateria. Más allá del espejo, estamos nosotros. Un contacto simple, un encuentro, un roce... y todo terminaría. Para ustedes, para nosotros. Tierra y anti-Tierra, Universo y anti-Universo... Todo.

-Y..., ¿por qué este fenómeno? -jadeó Loomish, muy pálido, enjugándose el sudor de su rostro con un manotazo-. ¿Qué significa? Materia y antimateria existieron siempre. Universo y anti-Universo, Tierra y anti-Tierra... ¿Por qué buscar ahora el contacto, aunque sea a través del muro impenetrable de un espejo?

-Porque es necesario. Imprescindible -dijo el otro Loomish.

-Porque es urgente. Apremiante -remachó la otra doctora McCambridge-. Porque si no nos unimos... el fin está próximo. Irremisible para todos...

Cuando entraron de nuevo en el ciclotrón el general Robbins, el profesor Harían y los demás, la imagen se diluyó en el curvo muro metálico. Dejaron de verse allí el astronauta y la psiquiatra, en sus contrafiguras de otro Universo y otro plano vital.

El prodigio cesó como se iniciara. Igual que cuando una varita mágica borra algo que un hada imaginó...

-¿No vienen ya con nosotros? -indagó bruscamente-. ¿Qué diablos hacen ahí metidos todavía?

La doctora se disculpó torpemente, siguiéndoles. También Todd Loomish. Pero ambos se miraron entre sí al iniciar la marcha, con una expresión de inteligencia y complicidad. Por vez primera acaso, Loomish observe signos de humanización en la frialdad profesional de Hazel McCambridge. Era evidente que el suceso increíble, dentro del acelerador de partículas, la había impresionado lo suficiente.

Y no resultaba raro. Era una escena capaz de impresionar a cualquiera. Incluso a una mente lúcida razonable como la de la psicóloga de la NASA.

Todd Loomish y Hazel McCambridge salieron del ciclotrón. Se dedicaron a recorrer toda la zona científica de Marsh, con el resto, del personal. No hallaron nada. Ni rastro de los dos evadidos del Pabellón Psiquiátrico de Cabo Cañaveral, ni a persona alguna, ni indicio que significara pista de ninguna clase sobre el paradero de ambos.

La pila atómica había sufrido una avería en la transmisión de energía eléctrica, y eso detuvo el funcionamiento de todo el Centro. Sin duda la larga inactividad, no era ajena a todo eso. Y había facilitado las cosas a los ocupantes de la propiedad cercada.

-Poco tenemos ya que hacer aquí, Loomish -dijo la doctora, mientras continuaba el recorrido de los distintos pabellones y laboratorios del difunto profesor Marsh.

-Virtualmente, nada. Pero, ¿y si perdemos el contacto con nuestros personajes paralelos en la antimateria?

-No lo creo. Si establecieron contacto con nosotros, de algún modo lo reanudarán, siendo, como es, la posibilidad de evitar un desastre, conforme dieron a entender ellos. Allí donde haya un espejo, un muro capaz de reflejar algo... ellos volverán a dialogar, estoy segura...

-Sí. En cierto modo, también yo lo pienso así -aceptó Todd Loomish, profundamente pensativo-. Pero, ¿adonde va a conducirnos toda esta aparente locura que rompe las normas físicas establecidas desde el principio de los tiempos?

-No lo sé -musitó ella ahogadamente-. Y eso es lo que me

preocupa... Ella tuvo razón.

* * *

De regreso a Cabo Cañaveral, se reanudó el contacto.

La doctora McCambridge ya no era la escéptica fría e indiferente de antes. Ella había experimentado en sí misma la increíble realidad. Ahora sabía que no hubo alucinaciones.

Ahora estaba convencida de que Loomish vio algo en un espejo. Y también Monroe. En cierto modo, debía sentirse responsable de lo sucedido a Al Monroe, por no creer en él e internarle en el Pabellón de Psiquiatría. Loomish estaba seguro de eso, pero no lo mencionó en ningún momento.

Los dos se reunieron con Yvonne Román y Virgil Gleason, justamente el día en que regresaron a Cabo Cañaveral tras los sucesos de Nueva York. Hubo un intercambio de impresiones entre los cuatro astronautas del Proyecto Nébula.

Luego la doctora resolvió:

-Vamos a intentar establecer contacto con "ellos" otra vez. Naturalmente, carecemos de medios para tal cosa. No podemos hacer nada. Estamos tan lejos de la Antimateria y de un Anti-Universo, como de las más remotas estrellas. Posiblemente allá esté esa especie de mundos opuestos, paralelos, pero antagónicos, creados con antiprotones y antineutrones, en un alarde más del prodigio de la Creación. De modo que, sea como sea, la iniciativa depende de ellos. Algo les amenaza..., o nos amenaza a todos. Por eso pretenden establecer una relación, a través de la superficie de los espejos que, por alguna razón, son el límite entre ellos y nosotros. No podemos penetrar en un espejo. De modo que, por sí solo, es una frontera inviolable. Ignoramos si ellos pueden hacerlo, pero no lo intentarán porque saben lo que se produciría con el contacto o choque materia-antimateria.

-De modo que debemos esperar -señaló Virgil Gleason, pensativo.

-Exacto. Debemos esperar. Ellos tienen la iniciativa total. Nosotros, nada podemos hacer.

-¿Y..., Al? -preguntó con voz ahogada, Yvonne Román.

-Al Monroe desapareció. Con Melissa Marsh -informó escuetamente la doctora-. No creo que les haya sucedido nada irreparable. También en eso debemos esperar.

-¿Esperar a qué, doctora? -se quejó Yvonne-. El profesor Marsh se desintegró en su reactor atómico. Ese pudo ser, también, el final de ellos dos...

-Admito que pudo serlo -concedió la doctora-. Pero no nos consta nada cierto. Son meras suposiciones. No he perdido la esperanza de que rescatemos con vida a Al Monroe.

-Yo, sí -hubo una humedad acongojante en los ojos de la hermosa pelirroja-. Esa maldita mujer demente...

Hubo un silencio molesto. Todd Loomish contemplaba fijamente el amplio espejo del gabinete de la base de la NASA, donde estaban reunidos, esperando que el prodigio se repitiera, pero eso no sucedió. Nada se alteró en la superficie azogada, que les reflejaba a todos ellos en su normal ambiente.

En alguna parte de la base, hubo una llamada que todos conocían bien. Con un suspiro, Loomish consultó su reloj.

-Las ocho menos diez minutos -avisó-. La cena nos espera, amigos míos...

Gleason e Yvonne asintieron. Salieron de la estancia. La doctora McCambridge se incorporó, disponiéndose a salir en pos de ellos, junto con Loomish. El dirigió una última mirada al espejo, ya cerca del umbral.

Se paró en seco.

-Espere -avisó-. Ahí están...

La doctora tuvo un leve escalofrío. Giró despacio su cabeza. Miró atrás. Clavó sus ojos en la azogada superficie. En ella, aparecieron ellos mismos. Pero con aquel atavío púrpura, metalizado. Y con el fondo negro intenso, como un mar de tinta. Y con su fría y rara sonrisa lejana...

-Cielos... -musitó ella, estremecida-. Otra vez...

-Sí -afirmó Todd-. Parece que vuelve el contacto. Veamos lo que tienen ahora que decirnos... si es que nos dicen algo...

Y lo dijeron.

Fue el otro Loomish quien habló:

-Es poco lo que hay que decir. Poco y grave. El peligro es inmediato. Total. Peligra todo. Nuestro anti-Universo... y el vuestro. Todo peligra. Y, además, es urgente. Apremiante. Cuestión de muy poco tiempo. Tan poco tiempo..., que quizá sea ya demasiado tarde para salvarnos todos nosotros...

* * *

Demasiado tarde.

Era una idea espeluznante. Algo sucedía. Y el tiempo iba en contra suya. De unos y de otros. De todos.

No parecían engañarles. No tendría sentido.

Y si eran sinceros, como Loomish y la doctora creían, entonces las cosas pendían de un hilo. Un hilo que no parecía fácil reforzar de algún modo. Un hilo que podía quebrarse en cualquier instante, con un holocausto total absoluto. De todo el Cosmos. De todo ser viviente, de toda forma, materia..., o antimateria.

-Bien -suspiró Todd Loomish-. Hablen ustedes dos. Digan lo que sucede realmente. Lo que esperan de nosotros. Entonces, veremos de resolverlo, de intentarlo, de hacer algo, lo que ello pueda ser..., si es que puede hacerse realmente alguna cosa.

-Se puede hacer -afirmó la otra doctora-. Pero está en sus manos no en las nuestras.

-¿En... nuestras manos? -se asombró Hazel McCambridge con un parpadeo de incredulidad-. ¿Es por tanto en nuestro propio mundo donde...?

-No -negó aquel doble perfecto de Loomish-. Es en el nuestro. En la Antimateria.

-¿Entonces...? ¡No podemos ir ahí. Al ser humano, material, le está prohibido, como les está a ustedes venir aquí, ¡bien lo saben...

-Exacto. Sin embargo..., ustedes dos PUEDEN venir.

Se miraron Hazel y Todd, incrédulos.

-No es posible -rechazó él.

-Lo es. Existe el medio. No serán los primeros en llegar a la Antimateria y no provocar el caos. Ya hay otros aquí.

-¿Otros? -dudó Hazel, atónita.

-Sí. Otros seres de materia. Ignoráis cuál es el auténtico descubrimiento científico del profesor Norbert Marsh. Siempre habéis estado en la total ignorancia de sus experimentos. No sabéis qué es, exactamente, lo que él consiguió.

-No, no sabemos. Pero él siempre buscó producir antipartículas...

-Hay un error en ello. Intentaba producir antipartículas..., pero partiendo de las propias partículas. Es decir, crear antimateria..., utilizando para ello la materia. Y lo peor es que..., triunfó.

-¿Triunfó?

-Eso dije. Triunfó. Halló el medio de convertir cierta limitada parte de materia, en antimateria. Con todas sus propiedades.

-Eso significaría que... que incluso un ser humano... PODRÍA ir a la Antimateria... convertido en uno de vosotros -señaló Loomish perplejo.

-Y eso es lo que ha sucedido -afirmó el otro Loomish.

-¿Qué?

-Sí, Todd Loomish. Nosotros, que os estamos hablando desde una Zona Neutra, donde no somos, temporalmente, ni materia ni antimateria, en un circuito limitado que nos permite el contacto verbal y casi físico con vosotros os vamos a revelar ahora la terrible verdad, la que ninguno de vosotros sospechó jamás: el profesor Norbert Marsh, está ahora AQUÍ en la Antimateria, convertido en uno de nosotros. Los protones y neutrones fueron convertidos por él en antiprotones y neutrones. Ahora, él es Anti-Marsh. Pero previamente, cometió aquí un horrible delito: destruyó al auténtico Anti-Marsh, a su doble en el mundo paralelo de la Antimateria...

-¿No hay leyes vuestras para castigar al culpable? -indagó la doctora McCambridge.

-Las hay, pero no podemos castigarle. La metamorfosis le enloqueció, cuando convirtió sus partículas en antipartículas. Es evidente que el cerebro humano no está aún hecho para tales cambios físicos.

-De modo que ahora, Marsh es un antihombre... en la Antimateria..., pero con su mente enloquecida...

-Exacto. Obsesionado por esa demencia, se ha aislado en las Regiones Tenebrosas de la Anti-Tierra..., y desde allí pretende desencadenar el horror sin límites que su Ciencia y conocimientos pueden provocar, en especial con todos los medios científicos que usurpó a nuestro Anti-Marsh.

-¿Y es...?

-Destruir el Universo. Y, con él, al Anti-Universo, naturalmente. Es decir: terminar con la Creación toda, de un solo golpe. Lo peor..., es que PUEDE hacerlo..., y lo va a hacer. Quizá esté ya iniciando el holocausto final...

SEGUNDA PARTE - ANTIMUNDO

Capítulo Primero - EL NEGATIVO PARALELO

El general Clark B. Robbins les miró largamente. En silencio.

Le costó trabajo hablar. Loomish estaba seguro de que, incluso, le costaba trabajo razonar y cohesionar sus confusas ideas.

El impacto emocional era demasiado grande, incluso para un militar sin excesiva imaginación, como era él pese a sus conocimientos técnicos de Astronáutica y temas del Espacio.

-Supongo que no me habrán tomado ustedes dos el pelo -dijo al fin.

-Palabra que no -sonrió Loomish-. Todo ha sido auténtico, sincero. Como sucedió. La doctora McCambridge no es dudosa en ese sentido. Una mujer fría, cerebral, dueña de sus emociones...

-Es cierto general -añadió ella con serenidad-. Sé lo que pensará. Parece una fantasía, un puro disparate. Pero ha sucedido así. Tal como Loomish lo ha referido todo.

-Y conforme a todo eso, ¿qué conclusiones podemos sacar? -el general hizo un gesto de duda-. Es obvio que no disponemos de medio técnico alguno para establecer un contacto con ese lejano y fantástico mundo al que parece haber ido nuestro profesor Marsh...

-Solamente existe un medio, un punto de acceso a la Antimateria, señor -habló Loomish.

-¿Cuál?

-El corredor negativo, en la Zona Neutra. -¿Corredor Negativo?

-Eso es. Una senda especial, donde materia y antimateria pueden convivir sin destruirse mutuamente. Salvado ese corredor, el caso es inevitable. A menos que, como Marsh, se pasea el secreto de la conversión de partículas en antipartículas y, por tanto, del hombre mismo, en anti-hombre.

-¿Marsh cruzó el corredor?

-Marsh hizo algo más que eso. Encontró el modo de convertirse en antimateria él mismo. Son Universos y mundos paralelos, copia exacta de nosotros mismos. Por ello, sobraba alguien allí: un anti-hombre que era copia fidedigna de Marsh. Fue destruido por éste. Y ahora, enloquecido tras su alteración física y mental, ha imaginado terminar con todo lo creado, ser el anti-Creador, en suma. Un antidios científico y terrible, que se mueva al margen de toda ley posible.

-Además, sospechamos que no está solo en la Antimateria -señaló Hazel McCambridge.

-¿Qué quiere decir, doctora?

-Que. Melissa conocía el secreto. Hizo funcionar el reactor nuclear y el ciclotrón. Eso significa que ella y su cautivo hipnotizado, Al Monroe..., están ahora en el mismo plano dimensional del profesor Norbert Marsh.

-Cielos... Eso puede empeorar las cosas. También ella está... desequilibrada.

-Sí. Es una lucha contra unos seres anormales. Eso es lo que hace más peligroso todo. Nadie, en su sano juicio pensaría en destruir estúpidamente todo lo creado. Ellos, sí.

-Además, hay un Albert Monroe en la Antimateria. Y una Melissa Marsh. Son Anti-Monroe y Anti-Melissa. Deberán ser destruidos, si quieren ocupar su sitio en ese mundo paralelo al nuestro...

-Pero seguimos sin saber cómo alcanzar el corredor negativo...

-A través del espejo -sonrió Loomish.

-¿El espejo?

-Hablo en teoría claro. Nadie puede atravesar un espejo, general. Ahí entra nuestra labor, nuestra especialidad: la Astronáutica.

-Ninguna nave espacial puede viajar a la Antimateria. Ni siquiera a las estrellas. El Argos será el que más lejos llegue..., pero solamente a los límites de nuestra Vía Láctea, y gracias a la fuerza energética de los iones y fotones del sistema motriz.

-Aún así, es el único camino hacia la Antimateria: el Argos.

-¡El Argos! -pestañeó el general Robbins-. Imposible…

-No, no es imposible -suspiró Hazel McCambridge-. Cuando salgamos de la Tierra en el Argos… ellos harán el resto, para que intentemos salvar a la Humanidad…, y a todo el Cosmos, incluido ese otro Universo negativo de antipartículas. No sé lo que ello será, general, pero…, han prometido hacerlo. Cuando estemos en el espacio…

El espacio.

Ya estaban en el espacio. Los cuatro. El Proyecto Nébula estaba en marcha. El Argos, cápsula espacial conducida por el proyectil Cíclope hasta el espacio exterior, viajaba hacia las estrellas movido a fotones al una velocidad increíble jamás alcanzada hasta entonces.

Dentro, cuatro seres cumplían su misión astronáutica.

Y dos de ellos esperaban lo que tenía que venir. Desde la Antimateria…

-Aún no he podido entenderlo bien -suspiró el teniente astronauta Virgil Gleason, sacudiendo la cabezal dentro de su atavío especial para naves a fotones, el más rápido y fulgurante de los sistemas carburantes utilizados en los vuelos espaciales, y que permitían a la nave alcanzar distancias ingentes en escaso margen de tiempo.

-¿Qué es lo que no entiende, Virgil? -indagó Hazel McCambridge, pensativa.

-Todo esto -Gleason hizo un amplio gesto expresivo-. La Antimateria, un anti-Universo real, unos seres exactos a nosotros, pero que pueden destruirnos y destruirse a su vez si establecen contacto físico directo…

-Es puramente físico, ¿no? Una teoría antigua, convertida en realidad.

-Lo sé. Pero todo ello suena a fábula doctora. Además… ¿cómo vamos a trasladarnos allí en vuelo dentro de es nave, si somos materia y ellos antimateria…?, y además, ¡no puedo imaginar la existencia de ese anti-mundo, sino calculando que se hallan…, al margen del Cosmos, en los límites de lo creado, puesto que de existir una galaxia antimateria, entre otras materias, el cataclismo cósmico sería inevitable…

-Comprendo que todo eso le desoriente y sorprenda -intervino Loomish en la conversación, pausado-. Todos estamos aún confusos. Pero vamos un poco a ciegas. A la espera de lo que una fuerza superior la de esos seres hechos de antipartículas unos perfectos "negativos" nuestros que parecen poseer un avance científico superior al terrestre material, haga con nosotros, con la nave Argos, con el Proyecto Nébula, convertido ahora en un vehículo para un fascinante experimento del que puede depender la suerte de toda la humanidad, y con ella del Universo entero.

-De modo que el experimento de procreación espacial... se aplazó indefinidamente -rió Gleason entre dientes. Y contempló irónico las formas de la pelirroja astronauta Yvonne Román que ningún atavío espacial podía disimular en absoluto-. Lo lamento de veras Yvonne. Era una fascinante experiencia...

Ella sonrió distraída enrojeció levemente y se encogió de hombros contemplando el infinito negro salpicado de remotas luces a través de los ovalados visores del Argos la supernave a fotones lanzada hacia los límites de la Vía Láctea.

-Lo lamentable es que aún no sepamos si Al Monroe está vivo... y dónde -musitó ella con amargura.

-Usted se enamoró de él, ¿verdad Yvonne? -preguntó Gleason, muy serio.

-Sí, teniente Gleason -confesó ella-. Le amo. Daría mi vida porque él regresara a la materia a la que pertenece...

-Hermoso sacrificio ése -dijo Loomish-. Pero imposible de realizar, Yvonne Doctora McCambridge, ellos quizá hubiesen procreado una deliciosa criatura en el espacio. Tienen el amor. Y eso es lo importante, ¿no cree?

-No sé -Hazel se encogió de hombros, fríamente, eludiendo mirar a Loomish-. Se trataba de un simple experimento biológico, Loomish, no de una reedición de *Romeo y Julieta* en el Espacio.

-Yo diría que lo que la NASA busca es un Adán y Eva cósmicos -comentó Gleason. Y miró, pensativo, a la psiquiatra y al astronauta Loomish-. Ciertamente, imagino que el experimento hubiera sido mucho más..., humano, en el caso de Albert Monroe e Yvonne Román que en el suyo. Usted no parece demasiado emotiva, doctora, dicho con todos los respetos.

-Nunca presumí de emotiva -cortó ella secamente-. Es un factor negativo en un científico.

-¿Y usted, Loomish? ¿Qué opina? La doctora es una mujer, inteligente y atractiva, eso resulta obvio. Pero dudo que usted sintiera también amor por ella, cuando pensaba que iban a formar una de las dos parejas iniciales del espacio, para averiguar, biológica y científicamente, eso sí -hizo la salvedad con evidente sarcasmo-, cómo pueden nacer en el Cosmos, fuera del planeta Tierra y de su influencia, dos criaturas diferentes, de dos parejas también distintas.

-Pues la verdad, no creo que la doctora y yo, hubiéramos llegado a sentir mutuo amor, si se refiere a eso -rió entre dientes Todd-. Personalmente, admiro y aprecio a la doctora como compañera en una misión científica. Como mujer, coincido con usted: es joven, atractiva..., pero sospecho que será difícil sentir por ella algo... pasional. Yo, no, ciertamente. No se puede amar a un tratado de psicología o a un Método de Psiquiatría, teniente.

Hubo risas suaves a bordo de la nave lanzada a ultravelocidad cósmica, bajo la acción energética de los reactores a fotones. La doctor McCambridge pareció molesta. Su voz sonó desabrida, saliendo de las rendijas microfónicas de su escafandra espacial:

-Creo que la discusión es trivial y ridícula, sobre todo habida cuenta de lo que significa este viaje y de lo que puede esperarnos más allá de los límites jamás explorados por el hombre. De modo que dejemos a un la do el amor, el deseo y todos esos sentimientos pura mente instintivos y nada inteligentes, para pensar como lo que somos ahora: cuatro científicos, cuatro viajeros a lo Desconocido, no dos parejas definidas por nuestro sexo.

-Habló la Ciencia -sonrió Yvonne Román, enarcando sus pelirrojas cejas, y adelantando algo su busto, con lo que tensó su traje metalizado espacial, y probó que había cosas bastante más sugestivas y electrizantes que la fría Ciencia-. Al trabajo, amigos míos. Olvidemos las humanas debilidades afectivas, o nos convertiremos en animales irracionales...

Hubo leves sonrisas. La doctora McCambridge, airada, clavó sus ojos en Loomish, con mayor agresividad que en los otros, y él mantuvo su gesto burlón. Cerróse la puerta de comunicación con la cabina de la psiquiatra, que compartía ahora con Yvonne. Las instrucciones de la NASA, eran diferentes ahora, habida cuenta del factor nuevo y fantástico mezclado en el gran salto cósmico.

Los hombres ocupaban una cabina; ellas, otra. La convivencia sexual de ambas parejas la posible procreación científicamente programada se produciría cuando alguno de ellos en común hombre y mujer así lo decidieran.

Entonces conforme a las leyes de siempre en la navegación en cualquier elemento fuese mar o espacio galáctico el comandante de la nave procedería a unir en matrimonio legal a la pareja que aceptase voluntariamente el experimento. Tarea que correspondería naturalmente al teniente Virgil Gleason comandante de vuelo del Proyecto Nébula, en ausencia de Albert Monroe.

Y si él era quien decidía unirse a Yvonne, aceptando ella la prueba la doctora McCambridge pasaba a ser comandante segundo de la nave, con autoridad para cualquier ceremonia o decisión a bordo.

Todo estaba, pues, previsto en aquel periplo fabuloso, auténtica Odisea a lo ignorado. Pero el consejo técnica de la NASA al respecto, por boca del jefe, de la Misión Antimateria que era el general Clark B. Robbins, había sido escueto, allá en Cabo Cañaveral:

-Absténgase de la experiencia biológico-sexual, a ser posible. Convivan como simples camaradas en vuelo. Este Proyecto ha cambiado sustancialmente sus objetivos. Ahora, éstos no son el estudio del embarazo y el alumbramiento de criatura en el espacio..., sino algo muy diferente: La antimateria... Un negativo mundo paralelo al nuestro, situado acaso más allá del Universo...

* * *

-Un mundo paralelo..., negativo -suspiró Loomish lentamente-. Nosotros somos el signo positivo de la vida. Ellos, el contrario.

-Positivo y negativo, producen chispa, electricidad, energía en suma -asintió Yvonne lentamente-. También nosotros, los seres vivientes de la Creación. Pero una energía incontrolable...

Loomish afirmó con la cabeza. Contempló el negro océano de vacío infinito, allá al otro lado del visor oval. Parecían flotar en la nada. Pero su velocidad era alucinante. El Sistema Solar estaba ya lejos. Ellos podían contemplarse allí, hablar y vivir normalmente, porque estaban adaptados al límite reducido de un ámbito vital: la nave. Pero

vistos desde un punto situado en el exterior, serían simple energía en movimiento, una mancha luminosa que se perdía en la distancia, imposible de ser seguida por un ojo humano.

Su materia, sometida a una velocidad científicamente imposible en otros tiempos, no era ya sino una masa dispersa, algo deformado hasta el infinito, a causa de la superación de la velocidad lumínica.

Loomish pestañeó, al pensar en ello. Se volvió bruscamente a Yvonne. Ella estaba tan cerca, que a través de su traje metalizado, rozó sus senos. Ella abrió mucho los hermosos ojos.

-Ya entiendo, Yvonne... -dijo Loomish, excitado.

-¿Qué es lo que entiendes? -indagó ella.

-Todo esto. La razón de los anti-seres para que hiciéramos este viaje...

-No te entiendo, Todd...

-Está bien claro, Yvonne. Ellos buscaban nuestra dispersión molecular, quizá atómica. Nuestro actual estado casi inmaterial, aunque por la relatividad de las cosas, nos veamos físicamente iguales, para entonces podernos controlar y llevarnos a su Zona Neutra, el Corredor Negativo...

-Todd, ¿crees..., crees que vamos a entrar, realmente, en la Antimateria?

-Sospecho que sí.

-¿Sin ser destruidos?

Para eso está la Zona Neutra, el Corredor Negativo... Luego, ya veremos.

-Oh, Todd, tengo miedo... -e inesperadamente, Yvonne se abrazó a él, apoyando su pelirroja cabeza, envuelta en el material plástico de su escafandra espacial, en el torso de Loomish.

El, sorprendido, la rodeó con sus brazos, para confortarla. Sintió el contacto de formas generosas, firmes y prietas, a través del liviano tejido hermético del traje cósmico. La acarició, procurando no olvidar que ella pertenecía a un compañero, a Al Monroe, pero difícil recordar ciertas cosas, con una mujer como Yvonne en brazos...

Aún así, se controló. La apartó suavemente, aunque con energía. La miró a los ojos. Los labios de ella se entreabrían, anhelantes.

-Yvonne, domínate -pidió él-. No debes sentir miedo de nada. Eres una mujer valerosa, por eso estás aquí. No hay motivo para asustarse.

-Todd, a tu lado no siento miedo... -susurró ella-. Es..., es como si me sintiera protegida de todo peligro. Todd, ¿sabes una cosa?

-¿Qué?

-Si algo le ocurriera a Al... creo que solamente contigo podría... convivir, sólo por un hombre como tú me sería posible sentir algo. Pero el teniente Gleason... Oh, él no. No podría participar en el programa biológico, estoy segura.

-No debes hablar así. A Al no le ocurrirá nada. Volverá. Lo encontraremos y regresará con nosotros.

-Todd, tú..., tú no sientes nada por mí, ¿verdad?

-Soy amigo de Al. Y *él* es tu chico, Yvonne. Eso es lo que cuenta.

-Todd, presiento que, aunque no quieres admitirlo, tú... tú sientes algo por Hazel McCambridge.

-¿Por ese témpano de hielo? -sonrió Todd.

-Sí, por ella. Existe un cierto antagonismo entre vosotros por su carácter, pero en el fondo, ella te atrae. Tú confías en romper su muro de hielo..., y alcanzar su fuego interno, su palpito humano. Por eso me rechazarías. A mí, o a cualquier otra.

-Yvonne, dejemos esto -suspiró Loomish-. No tiene sentido. Debemos olvidar sentimientos y pasiones. Todo debe ser olvidado ahora. Nuestra misión es demasiado grave, demasiado importante. Demasiado transcendente, Yvonne. Nuestra mente debe conservarse lúcida, serena, consciente en todo instante. Presiento..., presiento que, no tardando mucho, algo va a suceder... y ni siquiera sé lo que será...

El instinto de Todd Loomish no le engañó.

Algo sucedió.

Y fue inmediatamente...

Capítulo II - MAS ALLÁ...

Sucedió cuando acababa de hablar con Yvonne. Cuando aún no había terminado casi sus palabras. Sucedió de súbito. Sorprendiendo a todos.

Fue primero una violenta sacudida de la nave. Luego, una poderosa vibración, un rugido de los reactores a fotones...

Saltaron fuera de sus cabinas la doctora McCambridge y el teniente Gleason. Yvonne, instintivamente, se aferró de nuevo a Todd, se apretó contra él. Hazel McCambridge, aún en el momento apremiante, con las luces de a bordo oscilando y los mandos y controles súbitamente enloquecidos, girando como peonzas, mientras los parpadeos del computador no eran sino espasmos de luz y color, clavó sus fríos ojos en la pareja, a través de las gafas. Y Loomish supo que algo cruel y hostil despertaba en ella contra ambos, inexplicablemente.

-¿Qué mil diablos sucede? -aulló. Gleason, precipitándose sobre los mandos, y contemplando estupefacto su caótico funcionamiento.

-Parece..., parece que está sucediendo -jadeó Loo misil.

-Sucediendo..., ¿el qué?

-El gran salto -musitó fríamente la doctora-. ¿No entiende, Gleason? Creo... creo, que estamos penetrando en la Antimateria...

Y así era. Todd Loomish también lo sabía.

En ese preciso instante, se extinguieron todas las luces de a bordo. Todas, sin excepción. Incluso las de emergencia.

La oscuridad fue total.

Pero, sin embargo, ellos... siguieron viéndose mutuamente.

Se vieron en la oscuridad. Formando líneas y manchas blancas. En..., en negativo.

A su alrededor, se había hecho un gran silencio. No se descubrían formas ni colores, ni luz alguna. Sólo oscuridad. Negro total. Y ellos, en imágenes negativas, como una película fantástica, sin positivar.

-Hemos llegado -susurró Hazel McCambridge-. Hemos llegado... a la Antimateria.

-Sí -dijo una voz-. Han llegado.. Y no era ninguno de ellos cuatro quien habló.

* * *

Habían llegado.

Aquella voz que habló parecía la de Todd Loomish. Pero no lo era.

Era la del "otro" Loomish. El anti-hombre en la Anti-Tierra. En el anti-Universo.

Aparecieron, también en negativo, en aquel ámbito informe, sin dimensiones, color ni luz. En el Corredor Negativo.

Eran cuatro. Cuatro exactos duplicados de ellos mismos: anti-Hazel, anti-Yvonne, anti-Loomish, anti-Gleason... Este lanzó una exclamación de profundo asombro, de incredulidad sin límites...

-¡Cielos es... es como un espejo! -jadeó.

-No, Gleason -dijo anti-Gleason-. Esto es... al otro lado del espejo. Loomish y la doctora entienden esto...

-Sí, claro que entendemos -afirmó Todd seca, roncamente.;

La doctora, se limitó a asentir en silencio, su pasmada vista fija en aquellas fantasmales figuras en tonos combinados. La escena tenía mucho de fantasmagórica, de imposible. Era como si, en cierto modo, sus figuras estuviesen hechas de ectoplasma de formas definidas, de rayas y manchas luminiscentes, sin reflejos.

-El Corredor Negativo...-murmuró Yvonne-. ¿Es éste?

-Este es. Pudimos arrancarles de la Materia, cuando su supervelocidad descompuso sus partículas, convirtiéndoles en una energía dispersa, proyectada más allá de la velocidad de la luz, hacia las estrellas -explicó anti-Loomish-. Y hemos podido traerles aquí.

-¿Y ahora...? -susurró la doctora McCambridge.

-Ahora, ustedes pueden venir con nosotros.

-¿A la Antimateria? -dudó Gleason, con un estremecimiento.

-No sonrió anti-Gleason-. Eso significaría su destrucción..., y la nuestra.

-Entonces... no les comprendo.

-Vamos a la Zona Neutra. Es el único punto a salvo. Allí sabrán lo último que deben saber. Luego, espero que puedan salvarnos..., y salvarse.

-Una pregunta: buscamos a dos seres desaparecidos de la Tierra -terció Yvonne Román.

-¿La hija de Marsh y un astronauta compañero de ustedes? -indagó anti-Hazel.

-Sí. ¿Lo sabían?

-Lo sabemos. Están también con el profesor Marsh.

-¿Todos... en la Antimateria? -dudó Loomish.

-Todos. Ella, Melissa Marsh, utilizó el acelerador. Pudieron convertirse en antipartículas para el viaje. Y ahora están en nuestro mundo. En busca del profesor Marsh. Sólo desastres pueden traer. Ella está demente. No sanó en la mutación de partículas. Su compañero sí está mentalmente sano..., pero bajo el poder hipnótico de ella. Es otro enemigo potencial.

-Dios mío... -musitó Yvonne, apesadumbrada.

Las figuras negativas parecían flotar en el fondo negro, sin formas ni luz. Pisaban el vacío, como si volasen. Pero se mantenían en pie sobre aquel ámbito tenebroso. Todd Loomish contempló a su. contrafigura.

-¿Qué podemos hacer nosotros, en un mundo que no es el nuestro y con el que, el más leve contacto físico, provocará la hecatombe cósmica?

-Mientras estén en la Zona Neutra, nada ocurrirá.

Es una permanencia limitada, eso sí. Luego, tendrán que salir de ella.

-¿Y...?

-Eso es lo que vamos a explicarles. Vengan con nosotros -sonrió anti-Loomish.

Se movieron hacia el fondo negro. Se diluyeron en él, fundiéndose en las tinieblas. Todos y los demás, dudaron en seguirles a la invisible puerta que los engullera. La voz sonó, alentadora:

-Nada teman. Están entre amigos, aunque nuestro mutuo destino sea aniquilarnos, por causas naturales y no por voluntad propia. Vengan, sigan ustedes nuestros camino hacia la Zona Neutra.

Miraron a Todd. Esté de repente, parecía ser el jefe de la expedición, por tácito y mudo acuerdo de todos, incluido Gleason. El joven astronauta afirmó:

-Sigamos -dijo-. Después de todo, ¿conocen algún otro camino?

Decididamente, los cuatro fueron en pos de sus anti-figuras en aquel otro Universo, del que todavía lo ignoraban prácticamente todo.

Y también a ellos, la oscuridad les envolvió, borrando sus contornos negativos. Todo se hizo sombra, negrura. Todo. Incluso ellos mismos...

* * *

-Ya están en la Zona Neutra. Esto les resultará más agradable. Casi normal, ¿no les parece?

Todd Loomish y sus compañeros, miraron en torno.

Cambiaron luego otra mirada entre sí. Todd respiró hondo.

-Sí -convino-. Casi normal.

Era como un tubo prolongado, de vidrio espejante. En medio, ellos. Unos y otros, situados frente a frente. Como otro espejo donde se contemplaran mutuamente. Sólo que no había espejo. Sólo que cuatro de ellos, hacían diferentes gestos y movimientos que los cuatro restantes, pese a ser perfectas contrafiguras.

La luminiscencia irisada, tenía algo de irreal. El aire diáfano y

puro. Sus voces sonaban amortiguadas, suaves, sin estridencias. Loomish trató de ver más allá de aquel tubo o corredor cilíndrico. No descubrió nada. Sólo oscuridad, tras los muros curvos, espejantes, de mil reflejos.

-No hay nada que pueda ver -sonrió anti-Loomish-. Es el límite de la Zona Neutra. Más allá, está nuestro mundo, nuestra vida. Las antipartículas son difíciles de captar por el ojo humano de la Materia, a pesar de su paralelismo exacto.

-¿Por qué tan exacto? -murmuró Gleason, abstraído-. Parece imposible una copia idéntica de ¡todo. Personas, forma de vida, mundos, galaxias, rostros, aspecto físico. ¿Es posible que exista lo contrario de todo lo creado..., en su universo antimaterial?

-Existe. Es como si el Creador hubiera puesto un espejo ante su obra, una vez terminada. Es... es, todo igual. Una ley natural parece regir los destinos de ambos universos, manteniéndoles iguales, pero antagónicos. Creo que es como un reflejo inmaterial, como un paralelismo forzoso que debemos aceptar.

-Pero, ¿por qué ley física o mecánica, ha de ser todo igual? -se exaspero Gleason.

-Creo que todos opinamos igual en este terreno, Gleason -dijo su contrafigura de la Antimateria-. Los designios de Dios son inescrutables. Y no hay un anti-Dios. Es lo único que no existió. Es un solo y único Dios para todos: para ustedes..., y para nosotros. Tío traten de penetrar en Su misterio. Nosotros lo intentamos ya... en vano.

-No, no lo intentaremos nunca -suspiró Todd Loomish-. Es posible que la respuesta, si la hay, quedase demasiado lejos de nuestro alcance. La mente humana es algo demasiado pobre todavía, para comprender ciertas cosas. Quizá algún día...

-Sí -asintió anti-Loomish-. Quizá algún día, hermano.

Todd pestañeó. Miró curiosamente a su interlocutor de otra dimensión. Respiró con fuerza.

-Hermano... -dijo-. Es curioso. Curioso y hermoso a la vez...

-¿Por qué dices eso? -indagó Yvonne.

-Ese hombre... ese anti-hombre... me llamó "hermano". Lo somos,

en realidad. Los más fantásticos e increíbles hermanos de la Creación. Más gemelos que nadie..., y más alejado entre sí que ningún extraño. Idénticos, fraternos sin duda, mirándonos curiosa, afectuosamente, sin odios ni rencillas. Y, sin embargo, por inaudita paradoja de las leyes naturales que rigen la materia y su campo opuesto..., capaces de aniquilarnos en una fracción de segundo, sólo con salir de aquí, de esta Zona Neutra, donde pueden convivir limitadamente Materia y Antimateria, seres y anti-seres...

-Hermanos somos todos, en realidad -dijo la doctora McCambridge, estudiando a su contrafigura con profundo interés científico y humano-. Sólo que estamos condenados a no vernos mutuamente jamás...

-Exacto -asintió Anti-Hazel-. Jamás. Esto de hoy, es una excepción. La única que conocieron los siglos... y que, posiblemente, conocerán en el futuro más remoto.

-Seamos prácticos, hermano o no -terció gravemente Virgil Gleason-. ¿Qué esperan que hagamos nosotros, en un ámbito que nos es hostil? ¿Qué podemos hacer, aquí encerrados, sin poder salir siquiera a otro lugar que no sea el Corredor Negativo?

-Se equivoca en algo, Gleason -dijo su contrafigura-. Ustedes PUEDEN salir.

-¿Qué? -pestañeó Todd-. ¿Salir? ¿A... la antimateria?

-No, exactamente -suspiró el otro Loomish. Inclinó la cabeza. Su voz ahogada-: Debemos referirles algo. El profesor Marsh es un genio que llegó a dominar por un igual la conversación de materia en antimateria..., y viceversa. Es lástima que enloqueciera y su mente enferma no tenga curación posible. Hubiera revolucionado las leyes naturales con su obra. Desgraciadamente, en su poder se convierte en una poderosa arma destructora, porque lo que él desea ahora, es demostrar que su poder es infinito..., y acabar con todo lo creado.

-Sigo sin ver cómo podemos nosotros...

-Déjame terminar, Loomish. Es fantástico, pero simple a la vez. El profesor Marsh no se trasladó sólo a la Antimateria..., sino que lo hizo con su obra maestra, con el gran hallazgo de su vida: la Máquina de Materia.

-La Máquina de Materia... -refunfuñó con mal humor Gleason-. ¿Qué es eso?

-Un ingenio fabuloso. Capaz de absorber antipartículas y, a voluntad de su manipulador, convertirse en la materia que él desee. Le basta computar en su máquina lo que quiera, programar el mecanismo productor de partículas..., y CREAR algo... o alguien.

-¡Cielos qué disparate! -estalló la doctora McCambridge-. ¡Un mecanismo, un ingenio capaz de producir materia, objetos... y VIDA!

-Eso es -afirmó lentamente la contrafigura de Hazel, grave el tono-. Contra eso hemos de luchar. Y a nosotros nos es imposible porque somos antimateria y no podemos penetrar en el lugar donde él se encerró con su terrible ingenio. El profesor Marsh, creó allí un campo de materia, una región totalmente MATERIAL, donde simplemente pisar, significaría el desencadenamiento del Apocalipsis universal. Al menos, si pisamos nosotros. Pero teniendo en cuenta que él ha creado algo de partículas, de materia... ustedes si están capacitados para penetrar allí, para pisar ese terreno..., y buscar al profesor Marsh, para destruirle, única forma posible ya de salvar a nuestros respectivos mundos paralelos.

Hubo un silencio. Los cuatro cosmonautas se contemplaron, perplejos. Resultaba todo tan inverosímil, tan delirante... Pero ya, situados en aquel lugar de la Creación, todo era posible, todo se concebía, aún con cierta dificultad.

-Iré -afirmó Loomish-. Por mi parte, acepto. Mi respuesta es afirmativa. Iré a por el profesor.

-Espere Loomish -cortó el teniente Gleason-. Yo soy aquí el comandante de la misión. Me corresponde decidir en nombre de todos. Sigue pareciéndome una locura. ¡Si Marsh posee solamente la décima parte de poderío que nos dicen puede aniquilarnos en un instante a todos.

-Creo que puede -afirmó serenamente anti-Gleason-. Somos sinceros hermanos. Puede hacer lo que quiera. No sólo creó un terreno, una región de materia, aislada de la antimateria, sino que... puede oponer cuantos obstáculos desee, a su avance hacia el lugar en donde él se oculte... Nosotros..., nosotros llamamos a esa zona inaccesible, las Regiones Tenebrosas.

-Las Regiones Tenebrosas... -se estremeció Yvonne-. Dios mío, ¿qué podremos hacer nosotros cuatro allí?

-No sé lo que ello sea. No sé lo que decidirá el teniente Gleason al respecto -habló Todd Loomish con Voz enérgica-. Sólo sé que de

nosotros depende todo. Que somos los únicos que podemos intentarlo, cuando menos. Y que ya que hemos llegado aquí, no es cuestión de dudar ni de volverse atrás...

Gleason vaciló un momento. Miró a la doctora Hazel McCambridge, que se mantenía firme, segura de sí. Ella se limitó a asentir, con leve movimiento de cabeza.

Los ojos de Gleason estudiaron a Yvonne. Ella humedeció sus labios.

-Al está en alguna parte de ese mundo tenebroso creado por Marsh -dijo-. Estoy dispuesta, señor.

A Loomish no hacía falta mirarle. Ya había tomado su propia decisión. Virgil Gleason suspiró hondo. Habló con energía:

-Está bien. Aceptamos. Iremos los cuatro a las Regiones Tenebrosas. Dios nos ayude a todos, materia o no. En cuanto a usted, Loomish, le entregó el mando del grupo.

-¿Cómo, señor? -se sorprendió Todd.

-Es evidente que usted resultó elegido previamente por ellos. Usted ha captado mejor que ninguno de nosotros las dimensiones de este terrible problema, y ha parecido aceptar el peso de las responsabilidades que contraemos. No ante la NASA ni ante autoridad terrestre alguna, sino ante nosotros mismos y ante el Universo. Por ello le considero el hombre idóneo para capitanearnos. Posee imaginación, es activo, físicamente fuerte y muy capacitado para la lucha. Yo, Virgil Gleason, comandante del Proyecto Nébula, le concedo provisionalmente el mando de la expedición... cuando menos hasta pisar de nuevo el Argos de regreso a nuestro mundo... si es que eso sucede alguna vez.

Todd Loomish apretó los labios. Sus ojos brillaron.

-Bien, señor. Gracias por su confianza -dijo-. Procuraré corresponder a ella... Y ahora, que Dios nos ayude. Creo que va a hacernos falta.

Capítulo III - LA NOCHE DE LAS NIEBLAS

Sí. Iba a hacerles falta. Mucha falta.

Todd Loomish estaba previamente seguro de eso. Lo estuvo más ahora, cuando se vio frente a las Regiones Tenebrosas de la Anti-Tierra.

-Ahí es -dijo roncamente-. Más allá de esa niebla...

Asintieron los demás. Agrupados, avanzaron hacia la cortina de brumas. Vestían sus herméticas ropas espaciales. Llevaban las únicas armas factibles en un viaje cósmico: instrumentos de orientación, armas térmicas, alimentos comprimidos, cápsulas de hidratos...

Todo sobre sí mismos. Todo en compartimientos y bolsillos de sus ropas metalizadas, de cosmonautas. Sin bultos, sin equipajes. Nada que pudiere ser un estorbo. Todo liviano, todo portable. Quizá insuficiente. Quizá... Pero no podrán hacer más. Sólo poseían sus equipos espaciales. De la Anti-materia, nada podían recibir, ni una simple partícula de objeto o elemento alguno.

-Y ahora... ¿qué? -musitó Yvonne Román, estremecida, fijos sus ojos en aquel muro impenetrable de nieblas densas, enroscándose como sierpes de vapor, de colores sulfurosos, de hedor violento, como si fuesen los umbrales mismos del infierno, de la corrupción más dantesca que imaginarse pudiera.

-Ahora... a dentro -susurró Loomish-. Conecten los anti-termos de sus ropas, por si ese vapor abrasa. Y suerte a todos, amigos...

Los cuatro entraron en la masa de brumas, con Loomish a la cabeza, capitaneando el reducido grupo de expedicionarios a lo Desconocido.

Y las brumas continuaron.

Era como un mar de ellas. Rodeándoles por doquier, igual que un cerco de niebla espesa, impenetrable. Mucho más que las noches de bruma en los fiordos nórdicos; infinitamente superior a los vapores mismos de las ciénagas y pantanos de aguas y tierras movedizas, donde la muerte era un acecho constante.

Allí también, en alguna forma, acechaba esa misma muerte. Quizá envuelta en el enroscado ámbito neblinoso, entre jirones reptantes de niebla pegajosa, blanda, casi compacta y tangible...

Una muerte horrible, ignorada, quizá insospechable, allá lejos, a

miríadas de millas de la Tierra. A miles, a millones de años luz de distancia de donde el mundo era mundo, la materia era materia, y las formas eran formas.

Ahora entraban en un territorio donde iban a tener esa ilusión pasajera y falaz. Donde iban a ver y palpar formas hostiles, de apariencia material. Pero donde todo sería creado para su destrucción, para defender el Mal, que personificaba un loco astuto, cruel y terriblemente inteligente.

-Cuidado -avisó la voz de Loomish, a través de los sistemas de comunicación de cada indumento espacial-. Cuidado todos... Entramos en el reino de lo desconocido. Pero también en un mundo que, en cierto modo, usted conoce bien, doctora McCambridge. El mundo de los dementes. El mundo de un cerebro enfermo, de un psicópata genial..., que ha sido el primer hombre capaz de dar forma y vida a las febriles visiones de su mente enloquecida...

Ella asintió, con expresión sombría, preocupada, su rostro algo difuso ya, a la claridad fantasmagórica, lívida de los sulfurosos vapores que surgían de todos los sitios. Y de ninguna parte, a la vez...

Siguieron adentrándose en la bruma impenetrable, que les envolvía como un sudario vaporoso, maléfico. El silencio más absoluto acompañaba a los cuatro astronautas.

-Todo aquí es material, Todd -susurró Gleason-. Pisamos suelo firme, el vapor se adhiere a nuestras ropas, se enrosca en torno a nuestras piernas y brazos, sin que suceda nada... No hay antipartículas...

-No, no las hay. El genio creador del profesor Marsh ha producido algo inaudito: materia de donde no la hay. Partículas de antipartículas, lo mismo que antes hizo su propio ser en antiprotones, antineutrones..., y electrones negativos. Estamos ante el primer mundo creado por un hombre, dentro de otro mundo que nos es antagónico.

-De no enloquecer... Marsh, hubiera sido el hombre más grande de la historia del mundo, Todd...

-Es cierto. Pero la fatalidad no quiso que eso sucediera, para desgracia de todos nosotros.

El avance por aquel Averno de vapores sulfurosos, dantescos, se hacía lento, ominoso. El peligro podía estar en cualquier parte. Una sima mortal, podía abrirse en cualquier momento bajo sus plantas,

engulléndoles para siempre en un abismo sin fin.

-Y después..., ¿qué habrá? -preguntóse Yvonne en voz alta.

-Eso... sólo Dios y el profesor Marsh lo saben -suspiró Todd Loomish, sintiendo a su lado el roce de Hazel McCambridge, mucho menos firme y cerebral ahora, cuando se enfrentaba a peligros casi de aquelarre, a incógnitas y dificultades más propias de un viaje a un mundo de brujería, que de una expedición cósmica a los confines de los astros.

Luego, súbitamente... las nieblas se rasgaron ante ellos.

Los vapores dejaron de emerger de todas partes, de rodearles como seres vivos, hechos de niebla viva y reptante...

El aire se hizo diáfano, claro y gélido, cristalino como un vidrio pulimentado y perfecto. Un viento helado sopló, provinente de alguna parte. Se hallaron rodeados de un extenso llano, de horizontes casi infinitos, de tierras rojizas y arenosas, que se removían con aquel ululante viento sutil, como llegado del infierno, con la misma meliflua e insidiosa voz de los demonios.

-¿Qué lugar es éste? -jadeó Yvonne, maravillada-. ¡Qué inmensidad! Mirad... ¡Qué cielos salpicados de astros, de soles azules, de rojas estrellas distantes, de anaranjados cuerpos luminosos...!

-Quizá puramente imaginario. Creación todo de una máquina prodigiosa, capaz de dar forma a lo imaginado -sentenció Loomish, ceñudo-. No os dejéis engañar por nada de cuanto os rodea.

El viento ululó con más fuerza, barriendo la tierra roja, azotando sus metalizados atavíos espaciales, lanzando arenisca carmesí contra sus escafandras transparentes, asépticas y aislantes, a través de las cuales, los rostros no ofrecían la más leve deformación.

Detrás quedó el reino de las nieblas densas y sulfuros, como el umbral satánico de un mundo obsesivo, donde todo era posible, porque lo creaban una mente enferma y una máquina diabólica.

Repentinamente, lanzó Yvonne un agudo grito de terror. Y retrocediendo, lívida, señaló en una dirección, dilatados sus ojos por el pánico.

-¡Allí! -chilló-. ¡Allí, mirad! ¡Es horrible...!

Todos miraron en esa dirección, despavoridos.

* * *

Era realmente horrible. Yvonne tenía razón.

Como una visión delirante, de otros tiempos remotos, de lejanos mundos y lejanísimas épocas de su vieja conocida, la Tierra. Como si la Prehistoria, volviese ante ellos, materializada más allá del Universo conocido...

El monstruo avanzaba hacia ellos.

-Puede que sea imaginario -jadeó Virgil Gleason, tenso-. Pero, ¿y si es completamente real?

-Lo, es, teniente -respondió Todd con voz grave-. Lo imaginó Marsh, sin duda. Pero su Máquina lo ha materializado. Estoy seguro de que es capaz de matar, de destruir...

-Entonces... ¡entonces eso nos matará, nos destruirá fácilmente! -gimió Yvonne.

-Seguro que lo hará..., si le dejamos hacerlo -susurró Loomish, con expresión dura, violenta. Y desenfundó su pistola de rayos térmicos.

No parecía demasiado armamento para aquel monstruo terrorífico que surgiera en el horizonte, y que ahora venía sobre ellos. Un monstruo digno de un fantástico relato de caballería andante de los tiempos del Rey Arturo y de Camelot. Un dragón. O varios dragones en uno solo...

Un cuerpo gigante, escamoso, reptante, de bilioso color, de varias cabezas erizadas de púas, cada una con un solo ojo amarillento, fosforescente, cruel y maligno, fijo en el grupo. Inmenso. Infinitamente mayor que el más voluminoso de los elefantes vivientes. Acaso rozando las direcciones de un dinosaurio. Y también su aspecto general, feroz y prehistórico...

Se movió hacia ellos, rugiendo con bramidos prolongados, ululantes. Temblando su corpachón escamoso, engarfiadas sus zarpas gigantes en la tierra removida, estirando sus largos cuellos de piel de

escamas, como sierpes que brotaran del cuerpo, sosteniendo las diversas cabezas espantables.

Todd Loomish y Gleason se situaron delante protegiendo con sus cuerpos a las dos mujeres. El teniente empuñó unas cápsulas gelatinosas, que sus dedos enguantados oprimieron, a la espera del momento de lanzarlas. Todd, empuñaba el arma, fija en el terrorífico monstruo de otros tiempos.

-Lance sus cápsulas explosivas al vientre del animal -avisó Todd, susurrante-. Yo dispararé a sus ojos y cabezas. Y que Dios nos ayude, teniente...

El animal hacía temblar el suelo firme, arenoso, salpicado de peñascos rojos, que rodeaban al estremecimiento del terreno, o bien eran triturados por el peso formidable de la bestia cósmica.

-¡Ahora! -silabeó Loomish, tenso.

Alzó la mano armada. Disparó.

El proyectil térmico rugió, saliendo proyectado con un chorro de fuego azul. Era el primero de una descarga de cinco de ellos. La. pistola llameó en azul cinco veces, y cinco impactos formidables hicieron blanco en las cabezas del animal. Sus ojos amarillos reventaron, derramando un humor repugnante. Las escamas saltaron, desgarrando la dura piel de sus cabezas, quebradas sus espinas erizadas.

El animal emitió un ronquido de dolor, pateando rabiosamente. Gleason logró colocar hasta tres cápsulas explosivas de gelatina, conteniendo un poderoso explosivo químico concentrado, justo entre sus zarpas y vientre amarillento. Algo parecido a la sangre, de un viscoso espesor amarillento, brotó de sus profundas, terribles heridas...

Con otro prolongado rugido, el monstruo se revolcó en el suelo. Igual que si lo hiciera un dinosaurio, y derrumbó montículos de piedras, removió las arenas en una polvareda roja impresionante..., y se quedó aullando, en tierra, sin poder incorporarse de nuevo. A menos de doscientas yardas de los cuatro atemorizados astronautas.

-Parece que hemos vencido -dijo Gleason, sorprendido.

-Es sólo una primera escaramuza -silabeó Todd-. Y nada alentadora, por cierto... Si hay más monstruos de ese tipo, mal lo pasaremos, teniente.

-De momento..., el primer obstáculo se venció -el sudor era visible a través de la escafandra, sobre la epidermis del teniente Gleason. Luego, los absorbentes de humedad interior de su equipo espacial, enjugaron automáticamente esa transpiración.

-Sí, ya es algo... -admitió Loomish, ceñudo.

Y se dijo que no era mucho. Sobre todo, cuando vio surgir las formas aladas, allá en el horizonte. Formas aladas que vinieron sobre el monstruo. Y sobre ellos...

Capítulo IV - MIEDO

-¿Qué..., que son *eso?*

La impresión angustiada, partía de Gleason. Yvonne gritó roncamente. La doctora McCambridge, pálida, pero serena, avanzó unos pasos, contemplando con estupor a las formas aladas.

Loomish, pálido también, endurecida su expresión combativa, retuvo con un brazo a Hazel, y estudió fijamente a aquellos seres de alas amplias, que venían hacia ellos... y que, ciertamente, *no eran* pájaros.

-No..., no son pájaros... -confirmó la doctora McCambridge la impresión personal que el propio Loomish tenía ya del caso-. Parecen..., parecen... hombres.

-Hombre... *con alas* -remachó, estremecida, Yvonne-. ¡Vampiros!

-No creo que sean, exactamente, hombres..., sino *mujeres* -sentenció Loomish, estremecido de asombro y horror-. Son... mujeres aladas. Mujeres-vampiro..., o lo que sean...

Mujeres aladas.

Algo increíble. Una visión mitológica, hecha realidad. Mujeres sin nada de ropa sobre sus cuerpos musculosos, atléticos, en los que sus brazos eran substituidos por membranosas, amplias alas, remachadas en una especie de zarpas...

¡Mujeres voraces qué, como un alud de aves hambrientas, se precipitaron sobre el monstruo herido, para hincarle sus afilados,

monstruosos colmillos...!

-Igual que buitres... -Gleason desvió su mirada, asqueado-. Devoran al animal a bocados... Es..., es horrible...

Aquel claro alucinante, en la gran pradera roja y yerma, superaba, en mucho, a la pesadilla más abominable que se pudiese imaginar. Las hembras aladas, como bestias inmundas, succionaban al ser agonizante, rematándole feroz, despiadadamente, entre bramidos del ser vencido. Las melenas largas de las extrañas mujeres-pájaro, cubrían sus rostros y senos, y eso ya era algo, porque al menos, su voracidad sangrienta no era visible por completo a los astronautas.

-Cuidado -avisó roncamente Loomish-. Es muy posible que después de atacar a esa bestia nos ataquen también a nosotros...

-Lo estaba pensando -asintió, preocupado, Gleason-. Si sucede..., ¿qué haremos?

-No lo sé. Luchar, defendernos... si ello es posible.

-Y morir matando, como mejor destino -respiró hondo la doctora McCambridge-. Esa horda alada debe ser temible...

-Esperemos a ver si se sacian... Lo peor será que se sientan agresivas con seres extraños, como nosotros. Recordad que son entes creados por una máquina, aunque no imaginarios. Y esa máquina les ha inculcado a todos los seres de este inframundo, toda la perversidad de su creador, el profesor Marsh...

Fue una espera tensa, angustiosa. El miedo hacía presa de ellos, y no era sorprendente que ello fuera así. La vecindad de las feroces hembras aladas, era por demás inquietante, estremecedora.

Y lo que harían, una vez saciados sus nauseabundos apetitos, una incógnita escalofriante...

-Pronto saldremos de dudas -jadeó, tenso, Todd Loomish-. Miren: ya abandonan su presa. Van a remontar el vuelo.

Las harpías aladas, comenzaban a batir sus alas de auténticos engendros de aquelarre. Se elevaron sobre los despojos amarillentos y viscosos de dragón de varias cabezas abatido en la llanura roja.

Las cabezas greñudas se volvieron hacia ellos. Malignos ojos amarillentos, como los de gatos o felinos feroces, se clavaron en el

cuarteto. Una de las mujeres voladoras exhaló un agudo chillido, casi animal, y agitó sus enormes alas membranosas, de gigantesco murciélago, lanzándose hacia ellos.

-¡Cuidado! -aulló Todd Loomish, convertido en repentina actividad-. ¡Nos atacan...!

La solitaria agresora, vanguardia del ataque de la dantesca legión alada, cayó sobre la doctora McCambridge, como un águila feroz o un halcón furioso. Sus piernas eran musculosas, pero femeninas de estructura. Muslos poderosos, largas pantorrillas... y pies membranosos, palmípedos, pero provistos de afiladas, cortas uñas, dirigidas rabiosamente contra Hazel, que cayó de espaldas, con un grito, al advertir la dirección de aquella especie de bestia humana.

Todd se interpuso en un salto entre ambas. La hembra voladora pugnó por eludirlo, aleteando sobre él, en diestra maniobra. Planeó, como un gigantesco vampiro humano, la mirada amarilla, cruel, felina, clavada en su víctima propiciatoria.

Loomish disparó dos veces, sin vacilar. Tomó por blanco un ala y una pierna de la hembra voladora.

Los dos impactos ígneos, azules, provocaron un doble estallido de chispas. Ardió colgando, hecha jirones, y se abrasó su muslo, desgarrado por la carga térmica. Un alarido bestial escapó de los labios crispados de la extraña criatura. Sus colmillos fueron visibles en un rictus de dolor y de ira.

Se alejó, volando dificultosamente, con bandazos bruscos, utilizando sólo su ala indemne, para reunirse con las suyas. Todd, decidido, hizo otro disparo contra todas ellas. No tocó a ninguna, pero la carga, al reventar en el aire, produjo un estallido flamígero, cegador, que las hizo chillar agudamente, batiendo las alas con furia, para alejarse en una bandada despavorida.

-Como las bestias... -jadeó Loomish, tenso-. Huyen del calor, del fuego... Es horrible. Marsh nunca debió dar vida a criaturas así, auténticos engendros de su mente enferma...

-Y no serán sólo esa clase de monstruos, imagino -se lamentó Gleason, mirando a Todd preocupado, tras seguir con mirada sombría el vuelo, ya distante, de las siniestras formas aladas, que se perdían en el horizonte.

-No. Habrá más, estoy seguro -contempló la extensión inmensa,

ante sí-. Me pregunto qué otros horrores ha situado Marsh entre él y los que puedan ir en su busca. Todo esto se me antoja un reino de pesadilla, el imperio de un mago diabólico, rodeado de monstruos protectores. Sólo que hasta ahora, eso únicamente eran leyendas, fábulas, mitos o cuentos de hadas... y ahora és una realidad que estamos viviendo en todo su horror.

-Y no podemos volvernos atrás -gimió Yvonne-. Hay que seguir adelante. De nosotros dependen tantas cosas... E incluso la vida de Al...

-Mi vida, cuando menos, ha dependido ya de uno de nosotros -dijo lentamente Hazel McCambridge. Miró a Todd. Sus ojos se humanizaron, hubo ternura en ellos. Su voz sonó ahogada, con una nota emotiva, insólita en ella-: Gracias... Gracias, Todd. Le debo la vida...

-Olvídelo -sonrió Loomish-. Todos nos debemos algo, unos a otros, al final de todo esto..., si es que llegamos. Tenemos que protegernos mutuamente de todo.

-Pero aquella..., aquella horrible mujer alada... venia por mí. Vi su expresión de odio, de ferocidad...

-Evidentemente, esa clase de hembras, no les simpatizan las de su propio sexo -rió Todd, quitando importancia al asunto-. Vamos, doctora McCambridge. Me ha alegrado poder ayudarla en un apuro.

Ella sonrió incluso con sus ojos. No dijo nada. Pero su larga mirada a Todd, resultó harto elocuente. Era la mirada de una mujer llena de gratitud, de afecto hacia alguien. De una mujer, en suma, que al fin recordaba que, por encima de su condición científica y profesional, estaba la más entrañable y profunda de su propia condición femenina, de su dimensión humana...

-Todo esto me da escalofríos... -gimió Yvonne Román-. Sigo teniendo miedo. Mucho miedo...

-¿Miedo? Gleason soltó una breve risa entre dientes-. Yvonne, muchacha, todos sentimos miedo, esa es la realidad... Lo importante es que sepamos sobreponernos a él, ocurra lo que ocurra...

Y los cuatro seres perdidos en aquel otro Universo extraño y paradójico, siguieron adelante, guiados por sus instrumentos de orientación, siempre en rumbo hacia el punto que les señalaran sus contrafiguras en la Antimateria: el Norte...

En el Norte, al final de las Regiones Tenebrosas creadas por un demente y su prodigiosa Máquina de la Materia, esperaba el enemigo de los mundos: un sabio loco, capaz de desencadenar el holocausto total de la Creación.

Pero entre ese hombre enloquecido y ellos..., ¿cuántos peligros más existían? ¿Cuántos obstáculos demoníacos creó la mente de aquel enfermo y desquiciado? Ninguno de ellos podía saberlo. Pero temían lo peor, Y lo peor resultó aún demasiado pálido, comparado con la terrorífica realidad que les esperaba, agazapada, en aquella noche sin principio ni fin de un mundo que no era, que nunca fue, que sólo era creación de una máquina y de un cerebro demente...

* * *

Estaban acabando su frugal cena o almuerzo, bajo el cielo salpicado de soles remotos de radiante luz y calor. No tenían mucha noción del tiempo. Quizá tampoco importaba demasiado allí.

Siempre era oscuro, siempre era noche. Los relojes marcaban horas dispares. Nadie sabía qué momento vivía. Ni le importaba.

Ingirieron unas cápsulas alimenticias de diverso sabor. Y los hidratos concentrados que facilitaban el agua a su organismo, y les quitaban la sed. Eso era todo. Cena gélida, científicamente aséptica. Nada de manjares, nada de alimentos sólidos. Todo concentrado, todo en cápsulas y grageas. Víveres de astronauta.

-Falta una copa de champaña. Y caviar en hielo -señaló, sarcástico, Virgil Gleason, apurando el último comprimido, de frutas variadas, con otra cápsula de hidratos-. Entonces, este banquete sería completo.

-Sin duda -convino Loomish, riendo-. Olvidaron las cápsulas de champaña y caviar. Algo imperdonable.

-¡Cápsulas! -hizo Yvonne un gesto de aversión, cerrando su recipiente de alimentos concentrados de variados sabores y valor alimenticio-. Sólo pensar que debo alimentarme de ellas durante tanto tiempo, me quita toda ilusión por las horas de la alimentación...

-Lo mismo nos sucede a todos -confesó Todd. Luego, sus ojos se fijaron en el horizonte, con viva sorpresa-. Eh, mirad eso...

Se volvieron, sobresaltados, temiendo algo malo. No era así, afortunadamente. Sólo se trataba de la aparición de un astro.

Un astro gigantesco. Una enorme luna, redonda y pálida, que empezó a elevarse, cubriendo el cielo en gran proporción. Gleason, asombrado, lanzó una imprecación.

-Diablo, se parece a Júpiter, visto desde uno de sus satélites -comentó-. ¡Qué volumen de satélite...!

-Parece más un sol que una luna -dijo la doctora-. Pero como aquí siempre es noche...

-¿Será también ese sol o esa luna, creación del profesor Marsh? -dudó Yvonne Román.

-Pudiera serlo. Si es materia, ciertamente que lo es -opinó Todd-. Aquí, todo era antimateria antes de llegar Marsh. Cuanto existe, en nuestra propia materia es obra de él. Y de su máquina, por supuesto.

Ya la redonda, enorme luna, presidía el cielo, dando al paisaje desolado una luz pálida, dorada, intensa. Todd parpadeó, contemplando aquella superficie circular en el firmamento negro de las Regiones Tenebrosas, en la Anti-Tierra.

-Es raro... -comentó.

-¿Qué? -indagó Gleason.

-No, nada... -rechazó Todd, pensativo-. Me pareció...

-¿Qué te pareció, Todd? -quiso saber Yvonne, alarmada.

-Creo que no era nada importante -sonrió Loomish, quitando importancia a sus enigmáticas palabras-. Simplemente imaginación mía... Todo esto que nos está sucediendo, por fuerza debe influir en nuestro ánimo. No somos máquinas, sino hombres. Por preparados que estemos para viajar a lo insólito, esto supera cuanto se puede imaginar.

-Estoy con usted, Loomish -asintió Gleason. Bostezó luego-. Pero me noto cansado también. Tengo sueño. ¿Será prudente descansar?

-Claro -asintió Todd-. Lo haremos de dos en dos. Primero yo. Con una de ellas. ¡Luego, usted y otra muchacha. Serán turnos de tres horas. Nos regiremos por nuestros relojes. Aunque aquí el tiempo no

tenga gran sentido...

-Yo le acompañaré en su guardia inicial Todd -dijo Hazel. Luego, se mordió el labio inferior, y pareció arrepentida de haberse dejado llevar por sus impulsos-. Bueno, eso si no prefiere usted que sea Yvonne la que...

-Está bien así, doctora -admitió Todd-. Usted y yo haremos la guardia inicial. Nos relevarán Gleason e Yvonne. Vamos, ustedes duerman. Y felices sueños... si pueden.

-Mucho me temo que sean sólo felices pesadillas -sentenció Gleason, ceñudo.

Extendieron sobre el suelo arenoso, rojizo, sus livianas mantas plásticas, que llevaban plegadas en un compartimiento de sus trajes espaciales. Apenas extendidas, les bastó presionar un resorte, y las mantas se hincharon, formando un blando lecho esponjoso, donde cada uno de ellos se echó.

Yvonne y Gleason iniciaron su sueño reparador. Todd consultó su reloj y lo comparó con el de Hazel McCambridge, sincronizando ambos. Luego, se sentaron en unas piedras rojas, junto a sus compañeros dormidos.

Por encima de ellos la luna enorme brillaba, bañando todo en luz dorada. La noche eterna del lugar, mostraba una quietud absoluta casi irreal. La quietud de un mundo muerto. Pero Loomish sabía que era engañosa. Si acaso, estaría dormido, nunca muerto.

-Debo estarme humanizando a pasos agigantados, Todd.

Loomish alzó el rostro. Miró, pensativo, a su compañera. Hazel sonreía.

-¿Por qué dice eso? -sonrió él también.

-No sólo he olvidado la Ciencia, para pensar en nosotros como simples seres humanos, sino que tengo emociones que desconocí siempre. El miedo, por ejemplo.

-¿Miedo?

-Nunca creí tenerlo, la verdad.

-¿Lo tiene?

-Sí. Me gusta ser sincera. Estoy asustada.

-¿Por qué?

-Por todo. Por mí, por todos nosotros, por los demás... Por todo, Todd.

-Es un sentimiento muy humano, sí. Gleason dijo antes la verdad. Todos tenemos miedo. Hay motivos para ello. Somos personas simples, abandonadas a nuestras pobres fuerzas. Aquí no existen superhombres.

-Ni supermujeres, ciertamente -sonrió ella con suavidad.

-No, tampoco -la miró con simpatía, con sincero afecto-. Es preferible así. Hombres y mujeres nada más. O nada menos, doctora. Es posible que tengamos señalado un alto destino, en nuestra humildad. El de salvar el futuro del Cosmos...

-Sería hermoso, Todd. Tengo fe. En usted, en nosotros, en la Providencia... Pero sobre todo, en usted.

-¿En mí? ¿Por qué precisamente en mí?

-No lo sé. Pienso como Gleason. Es el hombre capaz de llevarnos lejos. Muy lejos, Todd. Capaz de librarnos de todo peligro...

-Confía demasiado en mí, doctora McCambridge. Yo...

-Todd, ¿por qué no llamarme, simplemente, Hazel? Somos..., somos camaradas. Estamos unidos... para bien o para mal.

-Sí, Hazel. Para bien o para mal... -Todd inclinó la cabeza, parpadeando. Le deslumbraba un poco la luz de aquella enorme luna. Miró a los que dormían. Luego, A Hazel. Ella no quitaba sus ojos de él. Había un brillo de astucia en el fondo de sus pupilas.

-Todd, ¿qué ocurre? -indagó-. Antes..., antes dijo algo... que no llegó a concretar. ¿Lo ha notado otra vez?

-Sí -la contempló, perplejo-. ¿Cómo la sabe?

-Puso el mismo gesto. Fue..., fue al mirar a esa luna..., ¿por qué, Todd? ¿Qué vio en ella, realmente?

-Es una tontería. Imaginé verlo... por dos veces.

-Aunque sea una tontería... -se inclinó hacia él, puso sus manos enguantadas en el brazo de Todd- ¿Qué fue?

-Algo puramente imaginario, supongo. Fue..., fue como si la luna ésa... mostrara un rostro velado... Los ojos y las fauces crueles de algún animal... No sé. Como..., como un lobo, Hazel.

-Un lobo... -suspiró ella. Miró a la gran luna redonda y amarilla-. Licantropía. Es un mito viejo como el mundo. La luna, el plenilunio... el hombre-lobo...

En ese momento, se captó un lejano aullido. Estremecidos, se miraron. Todd se puso en pie de un salto. Escudriñó, arma en mano, la llanura roja.

-No veo nada -señaló-. Pero un animal aulló...

-Un lobo -asintió ella, inquieta-. Al menos, lo parecía.

En alguna parte, hubo un crujido brusco, violento. Algo se quebró, con sonido de vidrios rotos. Todd Loomish giró la cabeza hacia el suelo, donde percibiera ese sonido raro. También ella, Hazel McCambridge, miró en esa dirección.

Emitieron un doble, agudo grito de horror, de incredulidad.

La escafandra espacial de Virgil Gleason se había hecho pedazos. De su interior, emergía la cabeza de Gleason, sorprendentemente desarrollada..., ¡y velluda!

¡La cabeza de un hombre-lobo!

Ojos amarillos, malignos, miraron a Todd, a Hazel... Yvonne dormía, ajena al horror.

-¡Gleason! -exclamó Todd, sintiendo un intenso dolor en sus sienes-. Gleason, no es posible...

Gleason se incorporaba, con un jadeo animal, convertida su cabeza velluda en la de un hombre-bestia, digno de los viejos mitos eslavos... Todd se interpuso, entre Hazel y el monstruo, dominando su horror y estupefacción. Observó cómo los guantes de materia elástica se hinchaban y cedían, desgarrándose, al convertirse las manos humanas en zarpas peludas, de patas engarriadas, de afiladas uñas curvas...

Gleason lanzó un aullido de fiera, lastimero y profundo. Ya no era

un ser humano. Ya ni siquiera era Gleason. Era... un licántropo. Un hombre-lobo...

-Dios mío, Todd... -oyó musitar a Hazel McCambridge, a espaldas suyas-. Nada podrá hacer. No podemos..., no podemos salvarnos...

Loomish, vigilando siempre al encogido Gleason, pendiente de las lentas reacciones del hombre-lobo, respondió, sereno:

-No sé, Hazel, pero si es inevitable matar... mataré. Aunque esa bestia haya sido antes Virgil Gleason...

Otro aullido escapó, sibilante, entre las fauces ahora babeantes, de afilados colmillos, de monstruoso ser en que se convirtiera Gleason. Este, amenazador, avanzó, se movió, con la torpeza de una bestia, pero con sus zarpas dispuestas a desgarrar lo que hallara en su camino...

En ese momento, el dolor de sienes de Todd se hizo más intenso, todo osciló ante él, la luz de la luna extraña se hizo más intensa y cegadora... y estalló su escafandra en pedazos, presionada por algo.

Entonces despertaba de su sueño Yvonne Román. Luego Hazel McCambridge gritó, llena de pavor, horrorizada.

Yvonne, con ojos desorbitados, asistió a la increíble escena, a la luz de la luna fantástica de aquel mundo irreal, y exhaló un alarido desgarrado.

Todd Loomish, con su cabeza repentinamente velluda, con sus manos convertidas en zarpas de fiera, se enfrentó a Virgil Gleason. Quiso gritar, y emitió un prolongado aullido de animal salvaje.

Los dos se movieron, atacándose mutuamente.

Y ya no eran Virgil Gleason y Todd Loomish, astronautas, los que se atacaron en la siniestra y eterna noche del mundo fantástico del profesor Marsh.

Eran solamente dos hombres convertidos en licántropos.

Eran dos feroces hombres-lobo.

Capítulo V - LICÁNTROPO

Las dos mujeres se apartaron, despavoridas, lívidas, contemplando aquel choque alucinante, aquella súbita lucha de dos seres humanos transformados en bestias ante sus propios ojos.

Entre rugidos, babeando, siniestramente recortadas sus cabezas de hombres-lobo contra la luna redonda y grande que presidía toda las escena en aquel delirante plenilunio, Gleason y Loomish se enzarzaron en una terrible lucha a muerte, en la que sus garras se buscaban mutuamente, desgarrándose las ropas espaciales, la carne velluda, en tanto los afilados colmillos de cada uno buscaban la presa mortal en el otro.

Ya nada humano había en ellos. Venciese quien venciese de los dos, ellas sabían su destino: ser atacadas, a su vez, por el mito hecho espantosa realidad. Ser destruidas por el triunfador en el salvaje duelo.

-Doctora..., ¿qué pudo suceder? -gimió Yvonne-. Es..., es como una maldición...

-Posiblemente. Una maldición convertida en realidad por ese extraño poder del profesor Marsh... La maldición de los hombres-lobo, el plenilunio y su acción sobre el ser humano... Licantropía en este falso mundo de la antimateria... Algo que nadie imaginaría jamás... salvo la mente de un loco.

-¿Qué va a sucedemos ahora?

-No lo sé, Yvonne -musitó con voz ahogada Hazel. Se inclinó, tomando el arma térmica, que Todd dejara caer, al sufrir la alucinante transformación-. Hay que dejarlos luchar, despedazarse incluso; Ya no son ellos, sino dos enemigos feroces... Y al vencedor, habrá que matarlo...

-Oh, cielos, no puede ser... Quedaremos solas... en este maldito lugar...

-Supongo que eso es lo que buscó Marsh. Y lo ha conseguido, Yvonne.

Los dos seguían su lucha despiadada, sangrienta. Sus cuerpos velludos brincaban en el lugar de la batalla, como auténticas fieras. Bajo las ropas espaciales desgarradas, aparecían ya los hirsutos, rígidos, rojizos pelos de sus cuerpos, transformados de igual modo en

los de dos auténticas fieras tratando de despedazarse lo antes posible.

Repentinamente, sonó un prolongado y potente aullido muy cerca de allí...

Yvonne y Hazel se volvieron, sorprendidas. Sobre unas rocas, recortándose contra la luna gigante, una forma elástica, de larga cola, con cabeza de lobo, aullaba hacia los cielos. Era un cuerpo humano, desprovisto de vello, arrogante y hermoso, dotado de la peluda cabeza del licántropo...

Al aullar, agitaba su cola larga, como algo natural, que perteneciera a su humano cuerpo, lo mismo que la monstruosa cabeza.

Repitió su aullido con mayor fuerza... y cesó la lucha.

¡Los ojos fosforescentes de los dos jadeantes hombres-lobo, se clavaron en aquella figura. Rugieron ahogadamente sus fauces. Inclinaron la cabeza, como humillados. Luego, cayeron de rodillas, emitiendo cortos y apagados aullidos, como lamentos.

En lo alto de la roca, la majestuosa figura, mitad humana, mitad de fiera, se irguió, con un nuevo aullido. Los contornos, el sinuoso perfil de su cuerpo, se recortó en negro sobre la ancha luz.

Yvonne y Hazel supieron que no era esta vez un hombre-lobo..., sino una *mujer-lobo*. De cuerpo desnudo, pero provisto de aquella larga cola y aquella cabeza de lobo.

Dóciles a la llamada, al poder y autoridad de la ululante mujer-lobo, los dos hombres transformados se movieron, reptando por el suelo, humilde y abyectamente. Llegaron a los pies de ella. Lamieron sus tobillos con docilidad, como siervos.

-¿Quién es ella, doctora? -gimió Yvonne, en el paroxismo de su terror.

-Si lo supiera... -se encogió de hombros Hazel-. Pero imagino que alguna otra forma viviente de pesadilla. Una mujer-lobo, una dama que posee alguna autoridad sobre los licántropos... Casi seguro, otra enemiga nuestra...

Fueron palabras proféticas las de Hazel. En seguida se probó lo que ella temía.

La mujer-lobo giró hacia ella su cabeza monstruosa, de largo

hocico, ignorando a los dos licántropos inclinados a sus pies. Unos rasgados, hermosos y diabólicos ojos fulgurantes, se clavaron en ellas, centelleando entre el vello de aquella cabeza.

Luego, avanzó majestuosa, elástica, moviendo su cuerpo cadenciosamente, con agilidad de felino más que de lobo.

-Soy Luhia, la Dama del Plenilunio -susurró con una voz profunda y ronca-. Soy la diosa de los licántropos, y mi aullido, en la noche, a la claridad de la gran luna de este mundo, convierte a los hombres en lobos...

Se ir guió. Sobre el fondo dorado del astro de las noches eternas de aquel lugar de pesadilla, su perfil se recortaba nítido, arrogante y hermoso como el de la diosa que decía ser: sus senos se dibujaban perfectos, sus formas eran suaves, como elástico contorno de una mujer-gato.

Los licántropos la miraban con veneración. Gleason y Loomish, sometidos a su aterradora condición actual, eran sus más fieles siervos. Gruñían, vencidos, dominados, como dos vulgares perros, domesticados, pero feroces.

-Lunia, o quienquiera que seas -replicó Hazel, agresiva-. No existes, en realidad. Eres un simple producto de laboratorio, la obra de una máquina. No tienes condición auténtica, no has sido creada por Quien todo lo hizo, sino por un loco maníaco... No te temo, no me asustas, pese a todo tu espantoso aspecto, puedes estar bien segura de ello, diosa de los licántropos.

La mujer-lobo la miró con aparente sorpresa. Luego, emitid una larga carcajada. La risa demoníaca de un ser demente. Y, con un tirón brusco, violento, se despojó de su cabeza.

Era solamente una máscara de lobo, una cabeza disecada de animal, con el rostro de la mujer bajo las fauces rígidas y sin vida. Había llevado aquello como un tocado fantástico.

Ahora pudieron ver su rostro ambas mujeres, a la cruda luz lunar. Su hermoso rostro moreno, broncíneo, bajo la melena negra-azul. Los oscuros ojos centelleantes, rasgados, malignamente fijos en ellas...

La reconocieron. No era difícil hacerlo.

-Dios mío... -susurró Hazel-. Melissa..., Melissa Marsh...

* * *

Melissa Marsh.

La hija del profesor genial. La demente evadida de la Tierra. Era ella.

Erguida allí, frente a las dos mujeres, era aún más temible que bajo su aspecto de mujer-lobo. Y ambos, Gleason y Loomish, sin perder su condición de licántropos, parecían tan dóciles con ella, como antes, al lucir su cabeza de lobo.

-Sí, Melissa Marsh... -susurró ella, triunfalmente, erguida en su soberbia desnudez más de fiera que de ser humano-. Soy yo, necias. Y yo *sí existo.* Soy tan vital, tan material como vosotras mismas... ¿Sigues acaso sin tenerme miedo, doctora McCambridge?

-Sí -afirmó, rotunda, Hazel-. No te temo, Melissa Marsh.

-No sabes lo que dices. No conoces mi poder actual.

-Creo saberlo todo sobre ti. Y no me das miedo alguno.

-Te equivocas, doctora. No sabes apenas nada sobre mí. ¡No sabes que todo esto me pertenece, y que voy a convertir este mundo maravilloso en un fantástico juego de muerte para todos los que me persiguieron y acosaron, allá en el mundo maldito que abandoné!

-Nadie la persiguió, Melissa. Sólo tú misma te hiciste daño. Sólo se pretendió sanar tu pobre cerebro enfermo.

-¡Mientes! ¡Nunca estuve enferma! ¡No estoy loca! ¡Sois vosotros quienes me acusasteis de estarlo, sólo en venganza porque mi padre era un genio y no quiso ofreceros sus descubrimientos, su sabiduría...!

Al hablar, agitaba sus brazos lúbricamente, como una auténtica diosa pagana. Su fascinación extraña seguía ejerciendo su poder sobre los licántropos. Los hombres-lobo yacían a su lado, gruñendo y con la amarilla mirada cruel, fija ávidamente en Hazel en Yvonne. Una orden de ella, bastaría posiblemente para que Gleason y Loomish saltaran sobre sus dos compañeras, despedazándolas.

-Ahora eres dueña de voluntades, eres poderosa... -Yvonne la habló

con agresividad-. ¿Qué piensas hacer con nosotras? ¿Sacrificarnos? ¿Hacernos víctima de tu maldad?

-Todavía no tengo nada decidido. Sois hermosas y os odio. Algo se me va a ocurrir. Algo hermoso y terrible a la vez, estad seguras.

-Una sola pregunta, Melissa. ¿Qué ha sido de Al, de Al Monroe? -suplicó Yvonne.

La diosa de los licántropos soltó una carcajada. Parecía complacida con la angustia de Yvonne Román.

-Vive, no temas por él -susurró luego-. Pero más le valiera no vivir...

-¿Qué? -jadeó Yvonne-, ¿También él... es ahora un licántropo?

-Oh, no. No lo convertí en lobo, aunque podría hacerlo. Aquí puedo hacerlo todo, recordadlo ambas. Ya lo habéis visto. Vuestros dos paladines, no son ahora sino dos fieras salvajes, que os destrozarían a una sola orden mía... Sólo que esa sería una muerte rápida y piadosa para vosotras. No, os reservó algo mejor. Infinitamente mejor y más lento... Venid. Venid conmigo allí adonde gobierno y controlo todo este mundo... Venid ambas.

-No -negó Hazel-. Tendrás que matarnos aquí. Pero jamás iremos contigo. Jamás...

Ella no respondió. Sonreía extrañadamente. Las contemplaba con fijeza. Sus ojos rasgados parecieron cobrar repentina luz. Se hicieron luminoscentes, malévolos, profundos y raros.

Paulatinamente, Hazel notó que la voluntad escapaba de su ser, que toda ella se iba transformando en una persona sin energía, sin ideas. Que era como un autómata que haría lo que aquella diabólica mujer quisiera.

Yvonne seguía su misma suerte. Rígida, sin mover un músculo de su cuerpo o de su rostro, la pelirroja cosmonauta se mantuvo quieta, junto a Hazel.

Melissa sonrió de modo triunfal. Alzó sus brazos, sus manos parecieron cabezas de hermosas sierpes. Susurró, autoritaria:

-¡Seguidme! Sois mis esclavas. Mis dóciles esclavas... Seguid a quien os manda.

Luego, emitió un aullido de fiera entre dientes. Y a la vez que las dos mujeres hipnotizadas, la seguían sin una protesta, los dos hombres-lobo echaron a andar, agazapados como gorilas, moviendo sus velludas cabezas entre gruñidos feroces.

La extraña, alucinante comitiva, se puso en marcha a través de la llanura sin fin. Hacia el norte…

* * *

Hazel fue la primera en despertar.

Miró a su alrededor. Contempló a Yvonne, dormida a su lado. Luego, sorprendía, estudió el fantástico lugar.

Era un palacio de hielo. Pero los muros, como de cristal azul, no despedían frío. Aquel hielo artificioso, creado por una máquina, no emitía frigidez, como hubiera sido de esperar. Alrededor, por los ventanales, todo cuanto abarcaba la vista era una misma materia azulada y cristalina: hielo.

Una zona polar creada por Marsh, por su máquina. Hazel estaba segura de ello. Todo allí era caprichoso, fantástico, irreal. Como lo que una máquina, al servicio de un loco podía materializar.

Encima de ellos, una aurora boreal convertía el cielo en un delirio de luz y color, en una bóveda fantástica para el sorprendente glaciar de Marsh.

Yvonne pestañeó, empezando a volver en sí, cuando Hazel la zarandeó. Ambas mujeres se miraron. Había temor, preocupación, y también sorpresa en los ojos de Yvonne, al ver el lugar en que se hallaban.

-¿Qué sucedió, Hazel? -preguntó, inquieta.

-Nos hipnotizaron. Debimos seguir dócilmente a esa mujer hasta aquí. Ahora… no sé lo que puede esperarnos, pero nos ha sacado del sueño hipnótico, y no será para nada bueno, estoy segura.

-¿Y…, y ellos?

-¿Todd y Gleason? Ignoro su destino. Acaso se quedaron allá, a la

luz de la luna, convertidos eternamente en lobos. O quizá terminaron despedazándose mutuamente, Yvonne. Sé tanto como puedes saber tú.

-Dios mío, ¿qué será de nosotros ahora?

-Me temo que nada bueno. Debes prepararte para lo peor.

-¿Para... morir?

-Y no muy piadosamente. Esa mujer es puro odio, maldad, insidia. Es una forma de demencia peligrosísima. Detesta a todo el mundo. Desea vénganse de todos. Y lo malo es que dispone de sobrados medios para ello...

-¿Y su padre? ¿Por qué no es él quien ejerce aquí la autoridad? Tal vez resulte menos perverso que ella...

-No sé. Algo sucede, para que el profesor Marsh haya declinado la total autoridad de su obra en su hija Melissa, recién llegada al Universo de materia.

-Sí. Algo sucede. El profesor Marsh está muerto.

La respuesta había llegado de la entrada a la cámara de hielo. Ambas mujeres se volvieron, sobresaltadas. Un grito unánime escapó de sus gargantas:

-¡Todd! ¡Gleason...! ¡Y Al Monroe!

Eran ellos. Ellos tres. Humanos, normales...

No. Normales, no. Las miraban. Con frialdad, con rigidez, acaso con odio y desprecio. Como tres enemigos mortales.

Capítulo VI - *SHOCK*

Todd... -Hazel fue hacia él, con rapidez, instintivamente, buscando su proximidad, su provocación. A pesar de que algo le decía que no lo hiciera.

-Aparta -él avanzó un brazo rígido, la sujetó por la muñeca, y la retorció hasta hacerla daño. Hazel se echó atrás con un gemido ahogado-. No te acerques. Eres mi enemigo.

-¡No, Todd, soy yo, Hazel McCambridge! ¡Tú compañera, tu amigo...!

-Eres mi enemiga. Debes ser destruida -repitió, mecánico, inflexible, Todd Loomish, su mirada fría, acerada, penetrante, clavada en ella con odio.

-Oh, Todd... No... -jadeó ella. Y retuvo a tiempo a Yvonne, cuando su pelirroja amiga iba a precipitarse en brazos de Al-. ¡Quieta, no te muevas!

-Pero..., ¿qué sucede, Hazel? Ahora sí son ellos otra vez... Como siempre fueron...

-No, no son ellos. No como siempre fueron, ¿no te das cuenta? -mostró Hazel su muñeca, enrojecida por la brutal presión de Loomish en ella-. Han dejado de ser licántropos Todd y Gleason, pero sólo para ser... autómatas.

-¿Autómatas?

-Simples robots humanos... Y Al Monroe también.

No vayas a él. Te golpeará o te dañará. Están sometidos a la influencia de Melissa, a su poder hipnótico. Harán cuanto ella diga, y nada más. No reconocen a nadie.

Son ahora peor que lobos...

Los tres hombres, como tres estatuas, permanecían allí, erguidos ante ellas. Al Monroe lucía su uniforme de la base de Cabo Cañaveral, indemne. No así Todd Loomish y Virgil Gleason. Ambos hombres vestían simples harapos, desgarrados atavíos de astronauta. Su piel mostraba huellas sanguinolentas, hondos arañazos. Era el recuerdo de su terrible noche de licántropos, allá a la luz de la luna dorada.

-Son mujeres enviadas para destruir este mundo feliz -susurró Gleason, con ira-. Deben morir las dos.

-Sí -corroboró Al Monroe-. Deben morir.

-Morirán -sentenció fríamente Loomish. Su rostro, atractivo y viril, era ahora una halada máscara de odio inexorable. Ni un músculo se movía en aquella faz. Los ojos no pestañeaban-. Las dos morirán pronto. De una muerte horrible...

-Todd, ¿dijiste que..., que el profesor Marsh está...?

-¿Muerto? Sí, mujer. Muerto. Su hija controla ahora todo. Ella es nuestra dueña y señora. Reina de nuestros destinos. Somos sus leales siervos. Su palabra es ley. Norbert Marsh va a ser conducido hoy al túmulo del honor. Y como honras fúnebres por él, vosotras seréis sacrificadas...

-¡No! -sollozó Yvonne-. ¡No podéis ser tan crueles! ¡Sois vosotros, nuestros camaradas! ¡Esa mujer no puede haberos dominado totalmente, haciendo de los tres un simple grupo de monigotes sin cerebro!

Y antes de que pudiera evitarlo Hazel, se precipitó sobre Al, tratando de zarandearle de persuadirle de cuanto ella decía.

No debió hacerlo. Al reaccionó brutalmente, aunque sin conmoverse su rostro, sin apenas mover la rigidez de su cuerpo envarado.

Adelantó sus manos, aferró con una los cabellos rojos de Yvonne, y con la otra la abofeteó salvajemente, hasta hacerla caer de espaldas, dando volteretas por el suelo de azul y cálido hielo, donde quedó encogida, sollozando, con un hilo de sangre brotando de la comisura de sus labios.

-Mi pobre amiga... -Hazel se inclinó sobre ella y la rodeó con un brazo afectuoso-. No debimos hacerlo. No te escuchan. No son los que parecen. Sólo máquinas, autómatas dirigidos por ella...

-Es horrible..., ¡es horrible! -lloró Yvonne, desesperada.

-Sí, es horrible. Pero nada podemos hacer nosotras por remediarlo, Yvonne. Sólo aceptar nuestro destino... Ellos sabían lo que hacían, para eso conocen mejor que nadie nuestra indumentaria de astronautas... Nos han despojado de todo durante nuestro sueño. Ni un arma, ni un elemento defensivo u ofensivo. Nada de nada. Estamos a merced de ellos. Que es como decir, a merced de Melissa Marsh y de su maldad enfermiza...

-Estad preparados -dijo fríamente Gleason, con su tono monocorde-. Volveremos los tres. Y os conduciremos al lugar del gran sacrificio, en memoria del más grande hombre que el mundo conoció jamás...

Salieron pausada, rígidamente, de la estancia de hielo cristalino. Un muro helado cerró toda salida. Yvonne estalló en sollozos. Hazel

contempló, pensativa, aquellos muros azules, la frigidez de un panorama en el que, sin embargo, no existía un clima polar, bajo aquella fantástica aurora boreal.

-Dios mío... -susurró la doctora-. Nada se puede hacer. Absolutamente nada...

* * *

Era el momento del sacrificio.

El momento en que se perdía ya toda esperanza. En que todo iba a terminar...

Hazel e Yvonne conservaban su serenidad, caminando altivas, arrogantes, dueñas de sí y de su serenidad, entre los tres despiadados enemigos que formaban ahora su escolta implacable: Loomish, Gleason y Monroe.

Allá, frente a ellas, en la gran explanada azul, de suelo de hielo, de formas cristalinas, como grandes diamantes emergiendo del suelo, aguardaba ella, Melissa.

Hermosa, morena, cruel, con su cabello negro-azul esplendorosamente extendido por sus espaldas desnudas, broncíneas.

Una túnica negra, cristalina, envolvía el resto de su majestuosa figura, dibujando con nitidez sus formas de estatua. Ante ella, el cadáver de su padre aguardaba.

Norbert Marsh estaba muerto. Blanco su cabello, terso su rostro, serenado por la muerte súbita. El, el hombre que se creía capaz de crearlo todo, a semejanza de un dios, había sido incapaz de evitar su propia muerte. Se consideraba amo y señor de vidas, de formas nuevas, creadas por él..., pero era vencido por el enemigo común e invencible: la Muerte.

Su hija, ahora, tampoco podía hacer nada. Aunque en sus manos, sobre un soporte de hierro azul, una curiosa máquina, un ingenio vertical, como un proyectil púrpura, emitía ondas luminosas y radiaciones sobre el difunto, acaso esperando que la Máquina de Materia devolviera la vida al padre fallecido.

-Si la Máquina lo logra, será el mayor avance humano que jamás se conoció... -decía con altivez ella, fija su mirada en el muerto-. ¡El retorno de mi padre a la vida! ¡La victoria definitiva sobre la Muerte...!

Hazel McCambridge movió negativamente la cabeza.

-No, Melissa. Eso nunca lo lograrás. Tu padre ha muerto, y nada hace revivir a lo que muere, ni siquiera tu prodigiosa máquina. Has fracasado, y lo sabes. Aún hay cosas en la Creación que no puede conseguir tu ciencia...

-¡Calla, víbora! -aulló Melissa Marsh, furiosa. Presionó algo, en el objeto como un proyectil purpúreo, y las vibraciones y luminosidad cesaron. Norbert Marsh continuó su apacible sueño eterno, sin volver de él. Su hija se irguió, virulenta. Señaló a las dos cautivas.-. Vais a morir... Si mi padre hubiese resucitado... yo..., yo tenía pensado indultaros, en celebración de ello. Perdonar vuestras vidas... ¡Ahora no hay perdón para vosotras! ¡Seréis inmoladas en honor del más grande hombre de todos los tiempos...!

-Quizá pudo haberlo sido -suspiró Hazel, contemplando al difunto-. Pero se quedó solamente en un buen científico, en un hombre loco que pronto será olvidado...

-Escucha, maldita mujer... -silabeó, moviéndose hacia ella, reptando su cuerpo sinuoso al andar, con lúbricos movimientos. Sus ojos centelleaban, coléricos-. Escucha, antes de que dé la orden de vuestro fin...

Hazel McCambridge, recuerda que mi padre no podra ser evocado por nadie..., ¡porque TODO voy a destruirlo en breve! Todo, ¿entiendes? Materia y Antimateria, Universo y anti-Universo. ¡Todo! Eso probará el poder que él fue capaz de desencadenar... y que su hija lanzó sobre todos los mundos.

Regresó a su Máquina, ante la mirada despectiva de Hazel, que no despegó los labios, en respuesta a la trágica amenaza de Melissa a todos los ámbitos del Cosmos. Junto a ella, estaban ahora sus tres leales servidores. Los rígidos, impersonales, mecánicos astronautas, convertidos en humanos robots a su servicio.

Ella puso una mano sobre la Máquina de Materia. Pulsó unos resortes, en su parte superior.

-Esta es solamente la conductora de la energía de la Máquina de

Materia -susurró ella, con orgullo-. La Máquina está dentro de mi Palacio de Hielo. Es amplia, compleja, poderosa como ninguna. Este control la dirige. Y este control crea aquello que yo deseo..., como ahora va a crear lo que está encargado de destruiros, Hazel McCambridge, e Yvonne Román... ¡Mirad, necias!

Presionó otro botón. Ellas miraron. También los indiferentes, fríos astronautas.

Hazel se estremeció. Yvonne lanzó un sollozo ahogado.

Vibró el aire, estremecido con ramalazos de luz. Del cilindro brotó un chorro de luminosidad que se hizo compacta, cobró forma, se convirtió en materia...

Una espantosa, alucinante forma de muerte, se materializó ante las dos mujeres condenadas. Ambas la contemplaron con espanto.

-¡Mata! ¡Mata! -ordenó Melissa.

Y aquella horripilante masa, aquella gelatinosa y palpitante forma de colosal babosa, de succionante monstruo dotado de forma de araña irisada, opalescente y repulsiva, se movió sobre el hielo, hacia ellas, reptando, dejando tras de sí un rastro viscoso, al arrastrar sus cortas extremidades pulposas en el cristalino hielo...

Una especie de pupilas, algo parecido a media docena de ojos redondos y blandos, que temblaban como gelatina, se clavaron, feroces, ávidos, en las dos desdichadas mujeres.

La masa estuvo pronto cerca de ellas, sintieron su repulsivo olor fétido, supieron que su muerte sería lenta y pavorosa, envuelta en aquella materia pegajosa y fofa, que las iría engullendo implacablemente...

-Serenidad -musitó Hazel, admirablemente dueña de sí, oprimiendo la mano de su compañera Yvonne-. Al menos, vamos a morir dignamente, querida...

Y no desvió sus ojos del monstruo ya próximo, espeluznante, fétido y maligno.

Este alargó sus extremidades blandas, viscosas. Rozaron a Yvonne, que chilló, histérica, sacudida por un *shock* terrible. Hazel notó la repugnante blandura pegajosa de aquella gelatina viviente y voraz, al rozar su carne. Dominó las náuseas, cerró los ojos, esperó la muerte...

Melissa Marsh, sonreía triunfante ante aquel final. Y alzaba sus brazos desnudos al cielo boreal, como en una invocación satánica, ante el cuerpo de su padre muerto.

FINAL

La mano cayó sobre el proyectil purpúreo que era el conducto de materia.

Los dedos presionaron unos resortes con celeridad pasmosa. Ocurrieron varias cosas a la vez.

El monstruo gelatinoso reventó de súbito, como un globo pinchado. Fragmentos de su asquerosa materia flotaron, volando por los aires, y convirtiéndose finalmente en simples manchas de luz que se extinguían...

-¿Qué significa...? -rugió Melissa, fulgurantes sus ojos, revolviéndose hacia el ser que se atrevía a desafiar su poderío, profanando la Máquina que sólo ella y su padre podían manipular. Un grito ronco escapó de sus labios abiertos, sorprendidos-: ¡Todd! ¡Todd Loomish!

Era Todd. El había pulsado la máquina, destruyendo al monstruo. Hizo otra presión, ante el asombro pasivo de ella... y el palacio de hielo desapareció de su vista, dejando todo convertido en una tundra helada. En medio, era visible la compleja Máquina de Materia, ahora sin envoltura.

-Se terminó tu juego, Melissa Marsh -silabeó Todd duramente-. Ahora, yo poseo la Máquina. Yo la controlo. Entrégate dócilmente y salvarás tu vida, cuando menos, pudiendo regresar con nosotros a tu mundo, ser atendida, cuidada, sanando de tu mente enferma...

-¡Todd Loomish! ¿Cómo te rebelas, cómo pudiste... salir de tu hipnosis? -chilló Melissa, exasperada, lívida.

-Ya lo sabrás. Ahora, cede. Entrégate, Melissa.

-¡Nunca! -aulló ella-. ¡Gleason, Monroe, mis siervos fieles! ¡A él! ¡Destruidle!

Ellos sí estaban aún bajo su poder diabólico. Como autómatas, se dirigieron hacia Loomish.

-¡Oh, no, no! -gritó Hazel-. ¡Todd, defiéndete! ¡Destrúyelos, si es

preciso!

-¡Sí, Todd, incluso a Al! -sollozó Yvonne-. ¡Es necesario! *¡Destruye!*

Todd Loomish vio venir a los dos astronautas, convertidos en sus mortales enemigos. La mirada maléfica de Melissa, les controlaba, con una mueca triunfante en su rostro, hermoso y cruel.

El joven astronauta no vaciló. Era su suerte. La de Hazel, la de Yvonne, la de los propios Gleason y Monroe... la del mundo, la de todos los mundos...

-Lo siento, Melissa -suspiró-. Lo siento mucho, intenté evitarlo...

Y pulsó la Máquina de Materia, con seguridad, con precisión rotunda. Implacablemente esta vez.

Hubo un alarido terrible. Y Melissa Marsh se convirtió en una llamarada súbita, en un chispazo violento de luz que, al extinguirse... no dejaba rastro alguno.

La hermosa sacerdotisa cósmica desapareció.

-Todd... -jadeó Hazel-. ¿Qué sucedió?

Loomish miró a Gleason y a Monroe. Estos se habían parado en seco, pestañeaban, con rostro aturdido, como saliendo de un sueño profundo, sin saber siquiera dónde se hallaban ahora.

-¿Qué..., qué ha ocurrido...? -susurró Monroe.

-¿Qué es esto? ¿Dónde estamos? -musitó Gleason.

Todd Loomish sonrió, con expresión triunfal. Caminó hacia Hazel. Ella, con un sollozo ahogado, se lanzó hacia él, se apoyó en su pecho, se dejó rodear por sus fuertes brazos.

-Oh, Todd..., Todd... -gimió-. Es..., es como un milagro. Vuelves a ser tú, tú mismo... ¡El hombre a quien amo...!

-Hazel... -besó sus cabellos, sorprendido-. Valió la pena todo esto, sólo por oírte decir eso alguna vez, cariño...

Se besaron. Yvonne ya estaba también en brazos de Al Monroe. Virgil Gleason meneó la cabeza, perplejo.

-No entiendo... Lo último que recuerdo es que yo era un hombre-

lobo... y usted otro, Loomish... -comentó.

-Después, Melissa nos devolvió nuestro aspecto. Nos hipnotizó, para hacernos sus esclavos.

-Pero..., pero tú no estabas... hipnotizado, Todd, aunque lo parecías -musitó Hazel.

-No, no lo estaba. Lo fingía, tan sólo. Lamento que tuviera que dañarte, pero así actuaban los autómatas dirigidos por Melissa. No podía hacerla sospechar...

-¿Cómo lo lograste, Todd? -musitó Al Monroe-. Ella poseía un gran poder hipnótico. A mí me esclavizó por completo...

-Eso es lo que me hizo trabajar en el laboratorio de la NASA, antes de emprender el viaje espacial. Era sólo un producto químico experimental, pero probé fortuna, e ingerí unas cápsulas psico-aislantes, que servían de anti-hipnótico. No estaba seguro de que resultaran. Pero resultó. Vigilé cada acción de Melissa en su máquina. Ella no sabía que yo no estaba sometido a su voluntad, y no se ocultaba de actuar ante mí. Supo cómo hacer para controlar la materia. Para crearla o destruirla, en suma. Y actué a tiempo...

-Y de ella..., de. Melissa Marsh..., ¿qué se hizo? -indagó Gleason.

-La convertí en algo que no es materia ni antimateria. Sólo partículas neutras, dispersas, desintegradas en el vacío... Melissa Marsh existe, pero diluida en el espacio, incapaz de volver a formarse físicamente jamás, incapaz de pensar ya o de saber que existe...

-Cielos, qué espantosa suerte la suya... -murmuró Yvonne.

-Era preciso hacer algo. No quise matarla brutalmente. Después de todo, era una enferma, simplemente. No sufrió. No sufre ya. No sufrirá jamás. No es nada. No existe.

-Y nosotros, Todd..., ¿cómo volvemos a nuestro mundo?

-Ahí está la respuesta -sonrió Todd Loomish-. Señaló la Máquina de Materia-. Tenemos en nuestro poder el medio de regresar, de dejar las cosas arregladas en este antimundo. Será mejor que la Maquina se quede para siempre aquí, y nuestros dobles en la Antimateria la destruyan... No reportaría bien alguno a nadie, estoy seguro. Es un ingenio demasiado peligroso, si cae en malas manos.

Se agruparon todos. Todd Loomish puso su mano en el proyectil purpúreo.

-Ahora, al Corredor Negativo, y a la Zona Neutra. A despedirnos de nuestros hermanos del anti-Universo.

-¿Y… luego?

-Luego… a casa. Al otro Universo. Al nuestro, amigos míos…

Se inclinó. Besó los labios entreabiertos de Hazel McCambridge.

Luego, pulsó la máquina.

Y se inició el regreso a casa.

FIN